LIBERTAD

EN LA CADENA

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. JOSÉ MARCO.

Representada por primera vez con extraordinario aplauso en el teatro del Príncipe la noche del 13 de junio de 1857, á beneficio del primer actor

D. MANUEL OSSORIO,

Y PUBLICADA

BAJO LA PROTECCION DE SS. MM.



Madrid
IMPRENTA DE MANUEL GALIANO
Plaza de los Ministerios, 3.
1857

DEDICATORIA

A S. M. la Reina de España,

DOÑA ISABEL SEGUNDA,

Y SU AUGUSTO ESPOSO

DON FRANCISCO DE ASIS MARIA.

Cuando *tuve la honra de poner en las reales manos de VV. MM. la* Corona poética *que publiqué con motivo de la solemne coronacion del célebre* cantor del mar *y* de la imprenta, *el inmortal* Quintana, *VV. MM., que no escasean medio alguno para engrandecer la literatura patria, me dispensaron una benévola acogida y me ofrecieron su Real proteccion.*

Alentado por este rasgo magnánimo de

VV. MM. en favor de las letras, tan decaídas hoy, he escrito la comedia, á cuyo frente me he atrevido á poner los augustos nombres de VV. MM. Tan escasa de importancia como de valor literario, indigna es, por cierto, de tan señalada merced; pero la obra pertenece á VV. MM., y yó espero que al acogerla con su acostumbrada indulgencia, perdonando los muchos defectos de que adolece, solo verán en ella mis buenos deseos de corresponder, aunque en muy pequeña parte, á los inolvidables favores que VV. MM. me han dispensado.

El Todopoderoso guarde las preciosas vidas de VV. MM., como constantemente se lo ruega

El mas humilde súbdito de VV. MM.,

JOSÉ MARCO.

DOS PALABRAS.

Faltaria yo al mas noble de todos los sentimientos, á la gratitud, si no diese un público testimonio de lo mucho que debo á todos los actores que han tomado parte en la ejecucion de mi obra: yo experimento un vivísimo placer en reconocer que sus esfuerzos y laudable celo han contribuido en mucho al éxito feliz que mi primer ensayo dramático ha obtenido, y en darles esta prueba de mi eterno reconocimiento.

Un actor hay, sin embargo, á quien solo me es dado expresárselo con el alma, pues que toda palabra con que quisiera pintarle mi gratitud, seria lánguida y fria. Nunca se borrará de mi memoria que, á no ser por el Sr. D. Manuel Ossorio, mi obra no habria salido del olvido en que yacia hace dos años, y confieso con orgullo que, de cuantas glorias pueda alcanzar en el porvenir, le soy deudor de su mayor parte; porque, al tenderme una mano cariñosa, ha reanimado en mi alma la fe, sin la cual nada es el escritor.

El Sr. Ossorio tiene un corazon de artista: en él se anidan la indulgencia, el cariño y el entusiasmo; y su índole generosa hace presentir que, cuando ocupe el lugar que le espera al frente del arte dramático, se abrirá una nueva era de gloria y porvenir para la juventud española.

JOSÉ MARCO.

PERSONAJES.	ACTORES.
JULIA.	*Srta. D.ª Cándida Dardalla.*
D.ª ANGUSTIAS. . . .	*Sra. D.ª Concepcion Sampelayo.*
MATILDE.	*Srta. D.ª Emilia Orgaz.*
ERNESTO.	*D. Manuel Ossorio.*
D. CANDIDO.	*D. José Orgaz.*
CARLOS.	*D. Antonio Zamora.*
PEDRO..	*D. Emilio Mario.*

La accion se supone en Madrid, año 185...

por complacer á un amigo...
como lo siento lo digo.
(Van dedicadas á tí.) *(Ap. á Matilde.)*

MATILDE. (Me lo daba el corazon!)
Oh! Cárlos es un portento,
y no le falta talento,
ni ingenio, ni inspiracion.

ANGUST. Así lo creo.

MATILDE. Además...

CÁRLOS. No tengo yo tal ventura;
un poco de travesura,
pase; pero nada mas.

ANGUST. No se le olvide á usted pues
su promesa.

CÁRLOS. Por supuesto.

JULIA. Tráigalas usted, y Ernesto
nos las leerá después.

ERNESTO. (Pues me gusta la humorada!)

CÁRLOS. Honrará mucho al autor...

ERNESTO. (Sí?... Pues lo que es al lector
honrará muy poco... ó nada.)
Mas pasemos á otro asunto.
Julia, me voy á comer.

JULIA. Qué empeño!

ERNESTO. Pero, mujer, *(Levantándose.)*
si son ya las seis en punto.
(Enseñándola el reloj.)

JULIA. Bien; vete.

ERNESTO. (Gracias á Dios!)

CÁRLOS. Te marchas? *(A Ernesto.)*

ERNESTO. Mas estorbar
no quiero, ni incomodar...

CÁRLOS. No, nos irémos los dos. *(Levantándose.)*

MATILDE. Tan pronto!...

CÁRLOS. Si; me precisa...

ANGUST. Pero quédese usté un rato.

CÁRLOS. Ay! señora, un literato
ha de andar siempre de prisa.
Y el que quiera valer algo,
ó ya darse á conocer,
mas que ingenio, ha menester
saber correr como un galgo.
Aprovechar los instantes,
siempre de aquí para allá...
pues hoy la gloria no va

á coronarle como antes.
Es sensible, mas no es cuento;
aunque el Parnaso lo mande,
un literato que no ande,
es un hombre sin talento.
Por eso afirman después
que el talento, y no es simpleza,
no reside en la cabeza...

ERNESTO. No?... Pues en dónde?.

CÁRLOS. En los piés.
Ayer mismo he presentado
una comedia que he escrito...

ANGUST. Así me gusta!

CÁRLOS. Repito...

JULIA. Usted es muy aplicado...

CÁRLOS. Conque vamos, que ya es hora,
no me puedo detener. *(A Ernesto.)*

MATILDE. A la dama va usté á ver? *(Con intencion.)*

CÁRLOS. Al empresario... señora!
que á las seis come he sabido,
y que se vaya no quiero
sin que me diga primero
si mi comedia ha leido.

ANGUST. Gran satisfaccion tendré...

ERNESTO. *(A Julia, y tomando el sombrero.)*
No tardaré ni media hora.

CÁRLOS. Don Cándido... *(Saludando.)*

ERNESTO. Adios, señora... *(Id.)*

CÁRLOS. Estoy á los piés de usté.

JULIA. Cuidado con la venida! *(A Ernesto.)*

MATILDE. Mira, Cárlos, que te aguardo! *(A Cárlos.)*

JULIA. Que no tardes! *(A Ernesto.)*

ERNESTO. No, no tardo! *(A Julia.)*

MATILDE. Que vengas pronto! *(A Cárlos.)*

CÁRLOS. En seguida. *(A Matilde.)*

ESCENA III.

DOÑA ANGUSTIAS, DON CANDIDO, *que se ha quedado dormido con el Diario en la mano.*

ANGUST. Puesto que Julia y Matilde
por dicha nos han dejado,

préstame un poco atencion,
que tengo que hablarte, Cándido.
Tú ya sabes que la boda
que hace tiempo concertamos
de Julia con don Ernesto,
por la muerte de mi hermano
no llegó á verificarse.
(D. Cándido da una cabezada.)
Tampoco habrás olvidado
que ya se ha cumplido el luto;
y así juzgo muy del caso
y conveniente se casen
lo mas pronto los muchachos.
Lo has entendido?
(Cándido da otra cabezada.)
Muy bien;
pero así no lo arreglamos;
con solo dar cabezadas,
nunca saldrémos del paso.
Es preciso que lo actives, *(Levantándose.)*
y que no te estés parado.
(D. Cándido da otra cabezada.)
Mas, qué veo! se ha dormido!
Jesus! qué hombre! No es estraño
que se duerma... Ya se ve;
nada le pone en cuidado;
mientras yo me desespero,
me mortifico y me abraso.
Vamos, esto es insufrible!...
Cándido! Cándido!! Cándido!!!

CÁNDIDO. Ay!.... Angustias! Qué sucede?
(Despertando asustado.)

ANGUST. Nada.

CÁNDIDO. Pues me has asustado.

ANGUST. Qué lástima!

CÁNDIDO. Muy tranquilo
estaba leyendo el *Diario*...

ANGUST. Lo que estabas... es... durmiendo.

CÁNDIDO. Pues mira, no lo he notado:
contra mi costumbre ha sido.

ANGUST. Ya de escucharte me canso!...
me tienes muy disgustada!

CÁNDIDO. Yo!...

ANGUST. Muy disgustada, Cándido.

CÁNDIDO. Quieres decirme á qué vienen

tus gestos patibularios?
ANGUST. A que ahora mismo es preciso
que todo quede arreglado.
CÁNDIDO. Pero el qué?
ANGUST. Yo no debia
para nada dar un paso;
mas, como están los papeles
en esta casa trocados!...
como no tengo marido!
CÁNDIDO. Pues qué soy yo?...
ANGUST. Un espantajo!...
CÁNDIDO. Pero qué he de hacer? Qué pasa?
ANGUST. Hoy mismo he de ver casados
á Julia con don Ernesto,
y á Matilde con don Cárlos.
CÁNDIDO. Pues cásense enhorabuena;
contigo solo han contado
para arreglar esas bodas,
y yo... pues! ni entro ni salgo;
no quiero mezclarme en nada...
ANGUST. Pero hombre!
CÁNDIDO. Digo bien...
ANGUST. Vamos;
ya veo que si tus hijas
no tuvieran el amparo
de una madre que las quiere,
irian al campo santo
las dos, con palma y corona,
aunque tuvieran cien años.
Pero yo no quiero hacer
la víctima mas; estamos?
y una vez que te casaste
conmigo, por mis pecados,
la carga del matrimonio
es preciso compartamos.
CÁNDIDO. El colocar á las hijas,
si no estoy mal informado,
pertenece á las mamás;
y por eso yo, acatando
tus derechos, no he querido...
ANGUST. Pero...
CÁNDIDO. Soy muy delicado.
ANGUST. Por egoismo!
CÁNDIDO. No hay tal.
ANGUST. Verdad.

CÁNDIDO. Mentira.
ANGUST. Tengamos
la fiesta en paz, y no armemos
entre los dos un escándalo.
CÁNDIDO. *(Cogiendo el Diario.)*
Por mí no habrá mas disputas,
Verás cuan pronto me callo.
ANGUST. Si yo no quiero que calles!
CÁNDIDO. Pero, mujer, hazte cargo
de que no es de tanta urgencia
el que se lleven á cabo
las bodas...
ANGUST. Para tí... no?
pues para mí en alto grado.
CÁNDIDO. Cómo! Angustias! Cómo es eso!...
explica un poco mas claro,
que no comprendo...
ANGUST. La madre
á quien el cielo ha otorgado
la gracia de tener hijas,
ha de ser un lince!...
CÁNDIDO. Vamos,
cada vez lo entiendo menos...
ANGUST. Ay! marido! No es estraño.
La educacion de los hijos
varía, querido Cándido,
segun los sexos. Al hombre,
apenas tiene seis años,
se le encierra en un colegio,
sin que ofrezca mas cuidados
que el de dar al directòr
por meses sus honorarios.
Luego el colegio abandona,
se matricula al contado,
y por poco que se aplique,
pasados algunos años,
consigue tener un título
de médico... ú abogado;
y con él, quien era un cero,
ya en la sociedad es algo.
Si no sirve para nada,
porque es de talento escaso;
y diez años estudió,
reprobándole otros tantos,
nunca faltan relaciones

y parientes... se dan pasos,
y en breve se tiene al hijo
hecho todo un empleado.
Si hasta para ello es inútil,
lo cual seria muy raro,
dice el padre: Anda con Dios;
ya lo que estaba en mi mano
he hecho por tí; no has querido
por tu bien aprovecharlo...
Corre, que tú pararás...
y aquel se entrega en los brazos
del mundo, mientras el padre
exclama muy conformado:
Tal vez el mundo le enseñe
á fuerza de desengaños,
lo que no pudo aprender
con libros ni catedráticos.

CÁNDIDO. Válgame Dios, lo que sabe!

AUGUST. La mujer, por el contrario,
por su débil condicion
aspirar solo la es dado,
por mas que se aplique, á ser
la esposa de don Fulano...
y feliz la que lo alcanza
aun á fuerza de trabajo!...
porque semejantes títulos
suelen andar muy escasos,
y obras de texto no existen
para poder conquistarlos.

CÁNDIDO. Y qué mas obra que tú,
ni qué mejor catedrático?...

AUGUST. Mas, necesito tu ayuda,
que no es justo estés holgando
mientras yo pierdo mi vida...

CÁNDIDO. Por tus hijas...? Bá! bá!

AUGUST. Cándido,
como tú los dias pasas
durmiendo, leyendo el *Diario*,
y charlando en el café,
no adviertes lo que yo rabio.
Esclava de sus caprichos,
si quieren pasear un rato,
por evitar un disgusto
con ellas he de ir al Prado,
y pasear, aunque me pese.

Si luego viene don Cárlos
con billetes para un baile
de Sociedad, pretestando
que solo le mueve el gusto
de que me distraiga... Cándido,
á pesar de que conozco
que es una farsa, un engaño,
y que solo en su egoismo
al convidarme ha pensado,
me he de poner sin chistar
llena de cintas y lazos,
y admitir, llevar las chicas,
y... cruzarme allí de brazos.
Si don Ernesto se empeña
en llevárselas al teatro,
á pesar de que me aburren
las comedias y los cantos,
tengo que tragar una ópera,
ó un drama de siete cuadros.
Y, al revés: si quiero yo
salir á paseo un rato,
porque ellos están aquí,
he de estar acompañándolos.
Y todo... por evitar,
por no perder lo ganado.
Así pues, de todo punto
es indispensable, Cándido,
que tomes tú una medida.
En mi concepto, casarlos
es lo mejor.

CÁNDIDO. Es decir,
que solo por tu descanso...

ANGUST. Quién ha dicho!... Por su bien
únicamente me afano.

CÁNDIDO. Tus miras son muy laudables.

ANGUST. Y mirándolo despacio,
al mismo tiempo de un tiro
podemos matar dos pájaros,
pues los hacemos felices...

CÁNDIDO. Y tú te evitas cuidados
y contemplaciones, que...

ANGUST. No me vengas con sarcasmos,
porque entonces...

CÁNDIDO. No seas tonta;
de buena fe estoy hablando.

ANGUST. Pues ve á tratar en seguida
del asunto con don Cárlos
y con don Ernesto.

CÁNDIDO. Yo!

ANGUST. Les dices que aquí no estamos
para perder tiempo.

CÁNDIDO. Pero...

ANGUST. Y qué por tanto, has pensado
que se decidan al punto,
ó que dejen libre el campo.

CÁNDIDO. Pero, mujer, considera
que no sirvo para el caso.
Mira, ya se casarán
cuando quieran; y entretanto,
si alguna noche no puedes
acompañarlas al teatro,
iré yo... y tambien al baile...
á los comercios... al Prado...
y á la fuente Castellana...
y hasta á ver los monos sabios.
No te parece bastante?
Qué mas quieres de tu Cándido?

ANGUST. Quiero... que sea mas hombre.

CÁNDIDO. Que sea mas hombre!

ANGUST. Claro.

CÁNDIDO. Es posible que tú digas!...
Eso sí que es un sarcasmo.

ANGUST. Pero si por no escucharte
alguna vez he callado!...

CÁNDIDO. Angustias, por eso mismo
casi todas yo me callo.

ANGUST. Mas hoy no transijo, no;
has de hacer lo que te mando,
ó te has de acordar de mí:

CÁNDIDO. Jesucristo! Qué pecado
habré cometido yo!

ANGUST. En presencia de don Cárlos
te he de poner en ridículo!

CÁNDIDO. Cielos! y él que es literato!
será capaz de escribir,
si se le antoja al muy trasto,
una zarzuela, en que yo
haga de primer payaso.

ANGUST. Yo por mi parte he de hacer
que ponga suelto en el *Diario*.

CÁNDIDO. Cállate, mujer atroz;
calla, por todos los santos!
lo que tú quieras haré...
mas tambien es demasiado
que yo solo hable...

ANGUST. Corriente:
yo á lo que es justo me allano.

CÁNDIDO. Como hay tan pocos ejemplos!...

ANGUST. Tú te encargas de don Cárlos.

CÁNDIDO. Del poeta! Ave Maria!

ANGUST. En tu palabra descanso.

CÁNDIDO. Fia en mí; pero permite
que me vaya al café un rato;
porque, en verdad, necesito
distraerme... y hablar algo
que no huela á matrimonio,
porque me tiene mas harto!!
(*Poniéndose el sombrero.*)

ANGUST. Si le encuentras en la calle...

CÁNDIDO. A quién, mujer?...

ANGUST. A don Cárlos;
dile que...

CÁNDIDO. (No se la olvida!...
si le encuentro, al verle, escapo.)
Hasta después.

ANGUST. Hasta luego.

CÁNDIDO. (Juro, á fe de hombre casado,
casarme segunda vez,
si enviudo... y de esta bien salgo.)
(*Don Cándido vase por el fondo; doña Angustias por la puerta de la derecha.*)

ESCENA IV.

JULIA.

JULIA. Todavía no ha venido!
pues ya debe haber comido:
ay! desgraciada de mí!
si novio se porta así,
qué es lo que hará de marido?
Oh! como soy demasiado
dócil y condescendiente,

nada le pone en cuidado;
debia Ernesto haber dado
con otra mas exigente.
Luego vendrá pretestando
mil negocios de importancia,
y se habrá estado fumando
en el café... ó bien charlando,
perdiendo el tiempo, en sustancia.
Pero no mas! Si hasta aquí,
con él, buena, tolerante,
y hasta descuidada fuí,
le juro que en adelante,
no ha de burlarse de mí!
(Coje el bastidor, y se pone á bordar á la izquierda).

ESCENA V.

JULIA, ERNESTO.

ERNESTO. Qué calles! Vengo molido!
(Saliendo sofocado, y dejando el sombrero).
Hola! se borda. Me agrada...
(Viendo á Julia, y examinando el bordado).
Es bonito ese dibujo...
Esta flor tiene una gracia!
(Julia, sin dejar de bordar, se vuelve de espaldas con mal humor.)
Pero, Julia... pues me gusta!
¿por qué me vuelves las espaldas?
Estás de monos?... responde.
¿Por qué tus ojos apartas
de los mios? Es tal vez
porque me fuí temprano? Habla.
Te traigo un pilon de azúcar.
(Verémos si así se ablanda.)
(La da un pilon de azúcar, y Julia lo rehusa).
Toma... Cómo! Lo desprecias!
Pues, señor, tengamos calma.
Esperaré un poco, á ver

si la tormenta se pasa.
(Pausa. Julia, viendo el silencio de Ernestó, le dirije algunas miradas amenazadoras.)
Hola! ya relampaguea!
(Julia tira el bastidor con ira.)
Ahora truena! Santa Bárbara!
(Santiguándose).

JULIA. Te parece regular *(Sin levantarse.)*
que te estés con esa calma,
en vez de pedirme, Ernesto,
perdon, sumiso, á mis plantas?

ERNESTO. Perdon!

JULIA. Esto es insufrible!...
Inaguantable!!!

ERNESTO. Ya escampa!
Hice bien en cobijarme
en esta muelle butaca.

JULIA. Vamos, hable usted.

ERNESTO. No, Julia,
te cedo á tí la palabra.

JULIA. Cuando estoy de mal humor
las bromas no me hacen gracia.

ERNESTO. Tú lo estás siempre.

JULIA. Y por quién?

ERNESTO. Tú lo dirás.

JULIA. Por tu causa.

ERNESTO. Mira, hablemos de otra cosa.

JULIA. Sí, las verdades amargan.

ERNESTO. Pero qué te he hecho, mujer,
para que estés disgustada?
En todo no te complazco?
No estudio, dí, tus miradas?
No adivino tus deseos
y al punto los pongo en planta?
Cualquier cosa que me ordenas
no la ves ejecutada?
No he dejado á mis amigos?
No soy, en una palábra,
en vez de amante, un esclavo,
que tu voluntad acata?
Mas tú, Julia, has conocido
que te adoro con el alma;
que no te puedo olvidar;
y, en mi cariño fiada,

te burlas de mi dolor,
me atormentas y me matas!

JULIA. Pobrecillo! Quien te oyese
quizá te tendria lástima.

ERNESTO. Y qué, no soy digno de ella?

JULIA. Vamos, hombre, no faltaba
sino que yo ahora perdon
te pidiera arrodillada.
De obedecerme sumiso
y de agradarme te jactas,
y no hay cosa que te encargue
que no hagas de mala gana.

ERNESTO. Esto mas!

JULIA. En cuanto digo
siempre llevas la contraria.

ERNESTO. Cítame un caso al instante.

JULIA. Hay mil.

ERNESTO. Uno solo; vaya.

JULIA. Cuando te fuiste á comer,
di, no me diste palabra
de volver muy pronto?

ERNESTO. Y qué?
Te quejas de mi tardanza,
cuando apenas tuve tiempo
de llegar, Julia, á mi casa?
No te olvides de que vivo
en la calle de la Palma.

JULIA. Y qué culpa tengo yo
de que te dé la humorada
de vivir en Chamberí?

ERNESTO. Bien... me mudaré mañana.

JULIA. Y por qué has ido al café?

ERNESTO. Si no he estado!

JULIA. No me engañas;
y el pilon que antes me diste?

ERNESTO. Si le tengo há seis semanas!...
desde cuando fuí contigo
y con mamá y con tu hermana.
Vamos, no nos enfademos
y corrígete esa falta
que tus encantos marchita
y que oscurece tus gracias.

JULIA. Falta yo!

ERNESTO. Sí; tienes una.

JULIA. El ser demasiado cándida.

ERNESTO. El ser un poco exigente.
JULIA. No hago yo cuanto me mandas?
pues tambien tengo derecho
para que tú me complazcas.
ERNESTO. Sí, mas cuando son caprichos...
JULIA. Caprichos! miren quién habla!
como si tú, en este punto,
te quedaras á la zaga.
ERNESTO. Yo!
JULIA. Tú, sí! No me dijiste
un dia, que me sentaba
mal el vestido de ramos?
Y me le he puesto mas?
ERNESTO. Calla!
JULIA. No has armado un caramillo
solo porque una mañana
fui con Matilde y mamá,
á misa de tropa?
ERNESTO. Cáscaras!
JULIA. No tienes por mi peinado
cincuenta quimeras diarias?
El dia que te se antoja
que por la tarde no salga,
no renuncio á mi paseo
y por tí me quedo en casa?
Y por el contrario, el dia
que estoy un poco cansada,
no me obligas á ir al Prado
y á la fuente Castellana?
ERNESTO. Pero, Julia, considera...
JULIA. Yo no considero nada.
Ya sabes que para mí
son preceptos tus palabras.
ERNESTO. Para mí lo son tambien...
consuélate, pues.
JULIA. Ya basta.
Si mi amor, mis exigencias
y mis caprichos te cansan,
haz tu santa voluntad,
que por mí será acatada.
ERNESTO. (Esto es mil veces peor!...)
Pero si aquí no se trata...
JULIA. Tu resolucion aguardo.
ERNESTO. Pero mira...
JULIA. Nada, nada.

ERNESTO. Mas, Julia...
JULIA. No digo mas.
ERNESTO. Pero atiende!
JULIA. Soy tu esclava.

ESCENA VI.

ERNESTO.

Me gusta! Voto al demonio!
quien nos oiga pensará
que al menos llevamos ya
ocho años de matrimonio.
Y por qué tanta querella
y tanto disgusto? A ver...
por nada... solo por ser
demasiado exigente ella.
Por lo demás, me prefiere;
pues sus mismas exigencias
no son mas que consecuencias
de lo mucho que me quiere.
Pero tanta sujecion
me es imposible aguantar...
nada: es preciso tomar
alguna resolucion.
(Pausa.)
Pero ya salí del paso!...
Oh! qué feliz pensamiento!
Magnífico!... el casamiento...
justo; pues señor, me caso!
La medicina no es buena,
se dirá, así... sin juzgar;
porque, ¿quién pretende hallar
libertad en la cadena?
Pero, pensando un instante,
se encontrará, que en conciencia,
tiene mas independencia
el marido que el amante.
Y esto es claro y muy sabido;
porque los amantes son
esclavos de una pasion
que ya no teme el marido.
Existe amor, pero pasa

la pasion con el estado;
el cariño del casado
es un cariño... de casa.
Vamos, estoy decidido:
si esclavo soy, de soltero,
voy á ver si recupero
la libertad, de marido.
No digo que el primer dia
conseguiré... no, no tal;
mas á los quince, cabal,
la victoria será mia.

ESCENA VII.

DICHO. — DOÑA ANGUSTIAS.

ANGUST. Ernesto! cómo tan pronto!
ERNESTO. (La mamá!... buena ocasion!)
ANGUST. (Voy á ver si le decido.)
Ha comido usté al vapor!
ERNESTO. Pues sin embargo, no todos
son de su misma opinion.
ANGUST. Julia tal vez...
ERNESTO. Justamente.
ANGUST. No estrañe usted eso.
ERNESTO. No.
ANGUST. Pero, por qué no se sienta?
Hágame usted el favor.
ERNESTO. Sí lo haré, porque deseo
hablar con usted.
ANGUST. Estoy *(Sentándose.)*
á sus órdenes.
ERNESTO. Mil gracias. *(Id.)*
ANGUST. Empiece usted.
ERNESTO. Pues señor,
usted sabe que amo á Julia
con todo mi corazon.
ANGUST. Me consta, y la pobre chica
es un delirio, no amor,
lo que tiene por usted.
ERNESTO. Muy feliz en ello soy!
ANGUST. Ah! puede usted alabarse
de que como usted no hay dos.

Ella en misa, en el paseo,
en visita, en la labor,
siempre pensando en usted!
Y... aun hay mas! *(Con misterio.)*

ERNESTO. No es ilusion!

ANGUST. Hasta durmiendo!

ERNESTO. De veras?

ANGUST. La otra noche... acá inter nos...
No vaya usted á contárselo.

ERNESTO. Bien...

ANGUST. Apénas se acostó,
por casualidad entré
en su alcoba, y, santo Dios!
vaya un modo de soñar!
qué voces! qué agitacion!

ERNESTO. Pero todo eso no prueba...

ANGUST. Prueba mucho, sí señor,
porque su nombre de usted
de sus labios se escapó.

ERNESTO. Será posible!

ANGUST. Es muy cierto.

ERNESTO. Dios mio! qué feliz soy!

ANGUST. Y la pobre se ha quedado
desmejorada.

ERNESTO. Eso no;
que cada dia, á mis ojos,
está mas bella y mejor.

ANGUST. Eso es, Ernesto, porque
la mira usted con pasion.
Pero todos me lo dicen;
Julia ha perdido el color!...
Y usted, por mas que lo niegue,
lo conoce como yo.

ERNESTO. Sí, señora; yo, juzgando
por mi propio corazon,
su intranquilidad comprendo,
su inquietud y su dolor.
Por tanto tomar es justo
una determinacion.
Sabe usted que hace seis meses
nuestra boda se acordó,
y que en aquel mismo dia
en que iba Julia ante Dios,
á darme el nombre de esposo,
la nueva fatal llegó...

ANGUST. De la muerte de mi hermano;
lo recuerdo, sí señor.
Y si á Julia esta desgracia
tantas lágrimas costó,
en parte, créame usted,
únicamente fue por
que la muerte de su tio
su casamiento atrasó.
ERNESTO. Mas ya se ha cumplido el luto.
y creo podemos hoy...
ANGUST. *(Fingiendo sentimiento.)*
Cállese usted, don Ernesto.
ERNESTO. Yo no creo que es razon
que siempre hayamos de estar
haciéndonos el amor.
Qué dice usted, doña Angustias?
ANGUST. Terrible separacion!
ERNESTO. Ba! No se aflija por eso;
usted ya sabe que yo
la quiero entrañablemente,
y viva en la conviccion
que si bien está á su lado,
no al mio estará peor.
ANGUST. Eso mucho me consuela
y aliviará mi afliccion;
pero sin embargo, y no es
hacer á usté un disfavor,
los cuidados de una madre
no tienen comparacion.
Ay! conmigo, qué la falta?
ERNESTO. Qué la falta! por favor,
contésteme usted señora:
y usted, por qué se casó?
No queria usté á su madre?
ANGUST. Tiene usted mucha razon.
ERNESTO. Pues una vez que mi boda
la aprobacion mereció
de don Cándido y de usted,
á la parroquia me voy... *(Levantándose.)*
ANGUST. Pero tan pronto! Hija mia!
ERNESTO. Si ha de ser, pronto!
ANGUST. ¡Oh, dolor!
Ay!
ERNESTO. Tranquilícese usted
ANGUST. Don Ernesto!

ERNESTO. Mas, por Dios!..
ANGUST. Llevarme á mi hija, es llevarme
un ala del corazon.
ERNESTO. Pues no me caso; no iré...
ANGUST. No, don Ernesto, eso no.
usté interpreta de un modo...
vaya usted sin dilacion,
vaya usted á la parroquia.
ERNESTO. Sí, señora; es lo mejor.
ANGUST. (No conviene sentir mas.)
ERNESTO. En cinco minutos voy...

ESCENA VIII.

DICHOS.—DON CANDIDO, CARLOS.

CÁNDIDO. Don Ernesto! *(Tropezando con él.)*
ERNESTO. Hola! don Cándido!
CÁNDIDO. Se marcha usted?
ERNESTO. Sí, señor...
Doña Angustias dirá á usted...
ANGUST. S, ya le enteraré yo.
CÁNDIDO. Corriente.
CÁRLOS. Pero oye, chico...
ERNESTO. Voy de prisa, adios.
CÁRLOS. Adios.

ESCENA IX.

DICHOS, *menos* ERNESTO.

CÁRLOS. Cómo corre!... (Qué será esto!)
CÁNDIDO. Vamos, dinos lo que pasa.
ANGUST. Que don Ernesto se casa.
CÁRLOS. Qué oigo!... Que se casa Ernesto!
CÁNDIDO. Pues que se case en buen hora.
ANGUST. Yo mi encargo ya he cumplido
verémos si mi marido *(A don Cándido.)*
cumple con el suyo ahora.

ESCENA X.

DON CÁNDIDO, CÁRLOS.

CÁNDIDO. (Vif! Qué ya no me acordaba!...
cómo saldré de este paso?...)
Siéntese usted.
CÁRLOS. Sí, lo haré,
(Sentándose á un estremo separado de D. Cándido.)
que estoy á fe muy cansado.
CÁNDIDO. Acérquese usted acá...
Vamos, quiere usté un cigarro?
(Voy á ver si le seduzco.)
CÁRLOS. Si yo no fumo, don Cándido.
CÁNDIDO. Es verdad!... (Por vida de!...)
Desea usted tomar algo?
CÁRLOS. Mil gracias.
CÁNDIDO. Una copita...
CÁRLOS. No acostumbro...
CÁNDIDO. (Voto al chápiro!)
Conque me decia usted
que ha leido el empresario
su comedia?
CÁRLOS. No señor,
solamente el primer acto.
CÁNDIDO. Y qué dice?
CÁRLOS. Que es magnífico!
CÁNDIDO. Me alegro!
CÁRLOS. Está entusiasmado!
Eso ya me lo esperaba,
porque tiene buenos rasgos
y situaciones, que son
de mucho efecto en el teatro.
Pero sobre todo hay una...
figúrese usted, don Cándido,
que hay un padre testarudo
á quien le piden la mano
de su hija...
CÁNDIDO. *(Con asombro.)* Sí?... se la piden?...
CÁRLOS. Sí, señor.
CÁNDIDO. (Pues es estraño!
Parece mentira que haya
padres tan afortunados!)

Con que hay boda, segun eso?

CÁRLOS. Sí tal; en el primer acto
caso al galan y á la dama
apénas se ha levantado
el telon.

CÁNDIDO. Hombre! qué idea!
A propósito, don Cárlos,
por qué no se casa usted?

CÁRLOS. No sea usted temerario;
soy muy jóven todavía...

CÁNDIDO. Quién de la edad hace caso?

CÁRLOS. Tengo muy poca esperiencia...

CÁNDIDO. Eso no importa... al contrario;
si hubiera tenido mucha,
no me hubiera yo casado.

CÁRLOS. Pues volviendo á mi comedia...

CÁNDIDO. Pero antes, en qué quedamos?

CÁRLOS. Sobre qué?

CÁNDIDO. Sobre el asunto.

CÁRLOS. Si no me habla usted mas claro...

CÁNDIDO. Sobre mi proposicion.
Me consta, sí; tengo datos
de que usted quiere á Matilde...

CÁRLOS. Si la quiero!... la idolatro!
pero lo que es en el dia,
con formalidad, don Cándido,
me es imposible casarme
porque... estoy muy ocupado.
Tengo que ver al galan,
á la dama, al empresario;
tengo que asistir á cátedra;
en fin, vamos, no me caso
hasta que consiga al menos
el título de abogado.
(Cosa que veo difícil,
pues ya he perdido seis años.)

CÁNDIDO. No hablemos mas del negocio.

CÁRLOS. Pues volviendo al primer acto
de mi...

CÁNDIDO. (Cielos! Mi mujer!
No sé por qué estoy temblando!)

—

ESCENA XI.

DICHOS. — DOÑA ANGUSTIAS, JULIA, MATILDE.

JULIA. Estoy loca de alegría.
ANGUST. Y yo lloro de placer,
pues mis penas calma el ver
que eres feliz, hija mia.
CÁRLOS. Ya sé que se casa usted, *(A Julia.)*
y la doy la enhorabuena.
(Viendo qué se le aproxima su mujer.)
CÁNDIDO. (Dios me la depare buena!)
JULIA. Mil gracias por la merced.
ANGUST. Hablaste á Cárlos? *(A don Cándido.)*
CÁNDIDO. *(A doña Angustias.)* Le he hablado.
ANGUST. Y qué ha contestado? Accede? *(Id.)*
CÁNDIDO. Que por ahora no puede; *(Id.)*
porque... está muy ocupado.
JULIA. De veras? *(A Cárlos.)*
CÁRLOS. *(A Julia.)* No es falso, no;
lo digo como lo siento:
la envidio en este momento.
MATILDE. (Mucho mas la envidio yo!)
ANGUST. Como un héroe te has portado... *(A Cánd.)*
CÁNDIDO. Si yo no sirvo para esto! *(A Angustias.)*
ANGUST. Uy! qué hombre!
JULIA. *(Corriendo al foro.)* Aquí está Ernesto!
ERNESTO. Ya todo queda arreglado.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS. — ERNESTO.

CÁRLOS. (Al cabo todos la yerran...
¡oh, debilidad humana!)
CÁNDIDO. Cuándo es la boda?
ERNESTO. Mañana.
CÁRLOS. *(A Ernesto que se le habrá acercado.)*
Sí? pues pasado te entierran.
ERNESTO. Anda y que el diablo te lleve. *(A Carlos.)*
(Se dirige Ernesto á Julia, con la que habla.)

ANGUST. (Por fin ya salimos de una!)
MATILDE. (*Mirando á Julia con envidia.*)
(Se casa! cuanta fortuna!)
CÁRLOS. (*Mirando á Ernesto con compasion.*)
(Séale la tierra leve!)

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

Sala elegante en casa de Ernesto. — Puerta al fondo. — Puertas laterales en primer término, y otra en segundo á la derecha. — A la izquierda, tambien en segundo, un balcon. — En último término, junto á la puerta del fondo, un espejo de vestir.

ESCENA PRIMERA.

CARLOS y PEDRO.

CARLOS. *(Al criado desde el fondo.)*
Pásele usted el recado;
mas diga que soy de casa,
y que sentiré muchísimo
se moleste por mi causa.
(Entra Pedro en la puerta de la izquierda, sale á poco, y vase por el fondo.)
Pobre Ernesto! quince dias
(Bajando al proscenio.)
que se casó hará mañana,
y aun no he podido á solas
hablar con él dos palabras.
Siempre colgado del brazo
de su mujer... Uy! qué carga!
Y todavía don Cándido,
apenas me encuentra, exclama:
«Por qué no se casa usted»?...
Esto solo me faltaba! ..
casarme yo!... y para qué?...
Para perder con la calma
la libertad de soltero...
esa joya tan preciada,
cuyo valor nadie sabe
hasta el dia en que le falta!
Si otra vez el buen don Cándido
viene con esa embajada,

le juro que en adelante
no vuelvo mas á su casa.
Pero aquí se acerca Ernesto...
Qué tal? eh! Vaya una cara!

ESCENA II.

ERNESTO, CÁRLOS.

ERNESTO. Hola! Cárlos! Cómo estás?
CARLOS. Chico, muy bien, y á Dios gracias,
la rara ocasion aplaudo
que la suerte me depara
de que podamos hablar
un momento á nuestras anchas.
ERNESTO. Rara!
CARLOS. Y mucho! Por ventura,
tu mujer te deja?
ERNESTO. (*Con miedo.*) Calla!
CARLOS. Hay moros? (*Observando.*)
ERNESTO. Se está vistiendo
en esa pieza inmediata.
(*Señalando la puerta de la derecha.*)
CARLOS. Bien; pues, señor, hazte cuenta
que no he dicho una palabra.
ERNESTO. Ven hácia aquí.
(*Llevándole hácia la izquierda.*)
CARLOS. Te comprendo.
ERNESTO. Siéntate en esa butaca.
Verás qué cómodo estás.
CARLOS. Sí, concibo las ventajas. (*Con intencion.*)
Estamos aquí mas... pues! (*Se sientan.*)
ERNESTO. (*Después de una pausa.*)
Con que, di ¿cuándo te casas?
CARLOS. Tan pronto como me vuelva
loco.
ERNESTO. Déjate de chanzas.
CARLOS. Pues me gusta la salida...
Tú eres quien ha de dejarlas,
que yo te hablo muy formal.
ERNESTO. Mas, Cárlos, advierte...
CARLOS. Nada.
Para casarse es preciso
estar loco.

ERNESTO. ¡Vaya! vaya!
Con que es decir que yo?...
CARLOS. Justo.
Puede que tengas la audacia
de querer probarme ahora
que tu cabeza está sana?...
ERNESTO. Pero...
CARLOS. Convéncete, Ernesto.
Estás de remate.
ERNESTO. Gracias!
CARLOS. Renunciar la libertad!...
Vamos, chico, calla! calla!
ERNESTO. Pues estás en un error.
CARLOS. Yo!
ERNESTO. No sabes lo que te hablas.
CARLOS. Pobre chico!
ERNESTO. Me he casado
por vivir mas á mis anchas.
CARLOS. Já! já! já! já!
ERNESTO. No te rias.
CARLOS. Esplícame esa charada,
ese logogrifo horrible.
ERNESTO. No hay logogrifo que valga.
Lo que acabo de decir
es una razon muy clara.
CARLOS. Pues, chico, yo no comprendo.
ERNESTO. Culpa solo á tu ignorancia.
Tú no conoces el mundo:
escúchame.
CARLOS. Vamos, habla.
ERNESTO. Tú ya sabes que hace tiempo
amo á Julia con el alma.
CARLOS. Eso está muy en el órden,
porque es Julia una muchacha,
cuya divina hermosura
á aquel que la mira encanta.
ERNESTO. Pero tiene, sin embargo,
y en verdad no me hace gracia,
un genio tan... me comprendes?
es ella tan... tan...
CARLOS. Acaba.
Tan exigente.
ERNESTO. Cabal;
pero rara vez se enfada...
No vayas á pensar ahora...

No diré que es una malva...

CARLOS. Mas sí que tiene contigo
cincuenta quimeras diarias.

ERNESTO. Exageras.

CARLOS. Bueno; al caso.

ERNESTO. Pues el caso, hablando en plata,
es, que siendo yo su amante,
porque no me desdeñara,
tenia que sucumbir
á sus mil extravagancias;
pero, siendo su marido...
Comprendes la diplomacia?

CARLOS. Chico, lo que yo comprendo
es que, pensando ir por lana,
vas á volver...

ERNESTO. Disparate!
es cuestion muy meditada.
Lós amantes... obedecen;
pero los maridos mandan.
Además, con el estado,
á la pasion que nos ata,
que nòs subyuga y domina,
á aquella pasion remplaza
el verdadero cariño...
Se mira todo con calma;
pues el novio... nada tiene;
al casado... nada falta.

CARLOS. Pues, señor; yo opino que
lo que de decirme acabas,
será muy bueno en teoría,
pero lo que es en la práctica...

ERNESTO. Al contrario.

CARLOS. Bien: no insisto.

ERNESTO. Ya verás.

CARLOS. Y cuándo alcanzas
tu libertad por completo!

ERNESTO. Hoy; lo mas tarde, mañana.

CARLOS. Es decir, que ya podrás,
cuando te diere la gana,
salir y entrar...

ERNESTO. Y tambien,
tener amigos!

CARLOS. Nequaquam!

ERNESTO. Pero qué mal ves, tú, en ello?

CARLOS. Que antes Julia se enfadaba,

y nunca te consentia
que con un amigo hablaras.

ERNESTO. Porque antes temia que
de su lado me apartaran,
y con sus necios consejos
me hicieran pronto olvidarla.
Pero ahora es muy diferente.
Ahora exclamará con calma:
vaya, bendito de Dios;
él ha de volver á casa.

CARLOS. Cuánto va á que no te vienes
á almorzar esta mañana
conmigo?

ERNESTO. Lo que tú quieras.

CARLOS. Mira, piénsalo bien.

ERNESTO. Anda.
(*Levantándose y poniéndose el sombrero.*)

CARLOS Mi proposicion aceptas?

ERNESTO. Cómo se entiende! aceptada.

CARLOS. Pues yo pagaré el almuerzo.

ERNESTO. Corriente... Ya estoy en marcha.

ESCENA III.

DICHOS. — JULIA.

JULIA. Vas á salir? (*Con sombrero para salir.*)

ERNESTO. (*Asustado.*) Mi mujer!

CARLOS. Señora... Vamos, ¿qué aguardas?

ERNESTO. Cállate! (*A Cárlos.*)

CARLOS. Já! Já! No vienes?

ERNESTO. Demonio! A ver si te callas!

JULIA. Pero á dónde vas? sepamos!

ERNESTO No, Julia; si no pensaba...

JULIA. Y tienes puesto el sombrero?

ERNESTO. Te diré... es que...
(*Quitándoselo repentinamente.*)

JULIA. No me engañas.

CARLOS. (*A Ernesto con sonrisa burlona,*)
No te perdono el almuerzo.

ERNESTO (Esta es otra que bien baila.)

CARLOS. A los piés de usted, señora.
Desearé que...

JULIA. (*Resentida.*) Muchas gracias.

CARLOS. (Si pudiera presenciar
la escena que se prepara!...)
Adios, Ernesto; valor!

ERNESTO. Hombre, vete enhoramala. (*Aburrido.*)

CARLOS. (*Ocultándose detrás del espejo.*)
(Oh! qué idea... Desde aquí
podré observar lo que pasa.)

ESCENA IV.

ERNESTO, JULIA.

(*Cada uno ocupará un extremo del teatro.*)

JULIA. (*Después de una pausa.*)
(Si al menos se disculpara!)

ERNESTO. (Pues, señor, esto promete!)

JULIA. Para estar callado, vete!

ERNESTO. Me pones tan mala cara....

JULIA. La que tengo...

ERNESTO. Ya lo sé.

JULIA. Pero creo que no espanto.

ERNESTO. Mira, no te he dicho tanto.
Perdona, si...

JULIA. No hay de qué.
(*Después de otra pausa.*)
(Oh! mi cabeza se abrasa!)
Vas á acompañarme?

ERNESTO. (*Con bondad aparente.*) Sí.
(*Ernesto presenta el brazo á Julia, que lo acepta. Se dirigen al fondo, y al llegar á la puerta, dice Julia, viendo que Ernesto va de mala gana.*)

JULIA. Pero, si hemos de ir así,
prefiero quedarme en casa.

ERNESTO. (*Separándose de Julia.*)
Ya se acaba mi paciencia!
Pero, di, podré saber
qué es lo que tienes, mujer?

JULIA. Pregúntalo á tu conciencia!
No creas que soy un cero.

ERNESTO. Pero, es que...

JULIA. Déjame hablar.
Pronto has podido olvidar

que ya no vives soltero?
ERNESTO. Vamos, en qué te he faltado?
JULIA. Es decir, que loca estoy?
ERNESTO. Pero ¿tú piensas que soy
tu marido, ó tu criado?
JULIA. Bueno fuera, á la verdad,
que mi marido, quisiera
que yo tan solo debiera
acatar su voluntad.
ERNESTO. Pues fuera cosa graciosa
que el hombre, al tomar estado,
se convirtiera al contado
en esclavo de su esposa.
No quiero, por Belcebú,
ejercer la tiranía;
mas tampoco, vida mia,
es justo la ejerzas tú.
JULIA. No obstante, recordarás
que, antes de ser mi marido,
te veia mas rendido...
ERNESTO. Y ahora te quiero mas. (*Con pasion.*)
Siempre he sido complaciente,
tal vez, Julia, en demasía;
pero tú eres cada dia
un poco mas exigente.
Y tu genio, á mi pesar,
me hace un martirio sufrir,
y al fin me obliga á decir
lo que que quisiera callar.
Fue muy mala inteligencia,
si tu llegaste á soñar
que no debiera... ni hablar,
sin pedirte antes licencia.
Porque eso fuera un eterno
y contínuo padecer;
eso, Julia, fuera hacer
del matrimonio un infierno.
¿No te quiero como un niño?
Pues ¿de qué te quejas, di?
JULIA. Oh! culpa de ello, no á mí,
á mi excesivo cariño!
ERNESTO. Pues permíteme que te haga
una observacion muy justa,
y es que lo bastante, gusta,
pero lo mucho, empalaga.

Mitiga, pues, tus recelos;
yo te adoro con pasion.

JULIA. Ay! si me hicieras traicion!

ERNESTO. Pero acaso tienes celos?

JULIA. No me falta en que fundarlos;
antes ibas á salir...
dónde ibas?... sin mentir!

ERNESTO. Iba... á pasear con Cárlos.

JULIA. Luego, merece un amigo
mas deferencias que yo?...

ERNESTO. No, muger.

JULIA. Es claro.

ERNESTO. No:

JULIA. Tu conducta es buen testigo.

ERNESTO. Si ese solo es mi pecado,
mil y mil veces perdon.
Se ha acabado la cuestion.

JULIA. Ya todo queda olvidado. (*Dándole la mano.*)
Me acompañas un instante?

ERNESTO. Con mucho gusto.

JULIA. Corriente.
(*Ernesto la ofrece el brazo con estremada galantería.*)
Te veo muy complaciente...
Ojalá que en adelante!...

ERNESTO. Ya verás cómo me porto.

JULIA. Prefiero las obras buenas.

ERNESTO. (Hoy romperé estas cadenas!)

JULIA. (Desde hoy le ataré mas corto!)

ESCENA V.

CÁRLOS, *que saldrá después de una pausa, conteniendo la risa.*

Ja! ja! ja! ja! Pues señor,
gracias á Dios que se fueron.
Si la escena se prolonga,
no hay mas, de risa reviento.
Le cayó la lotería
á mi pobre amigo Ernesto.
Pero él se tiene la culpa...
es manso como un borrego...
Y, el muy bribon, me decia

que vivia tan contento;
que iba á hacer su voluntad;
que no se le daba un bledo
de su consorte, y al verla
se pone á temblar de miedo!
¡Oh filosofía estúpida!
¡Oh, maridos! Y es que observo
que todos con sus mujeres
pasan un martirio eterno,
y no quieren confesarlo...
Tal vez se avergüencen de ello!...
No: víctimas de su error,
en su espantoso tormento
quisieran que todo el mundo
fuera casado como ellos.
Por eso nadie habla mal
del estado. Já! já! pero
lo que es á mí no me pescan,
no señor; que algun provecho
habia yo de sacar
de estar escuchando ahí dentro.

ESCENA VI.

Dicho.—D. CÁNDIDO, D.ª ANGUSTIAS, MATILDE.

ANGUST. Conque han salido? (*Dentro.*)
CARLOS. Esa voz...!
CANDIDO. Mi señor don Cárlos! (*Saliendo.*)
CARLOS. (Cielos!)
MATILDE. Carlitos aquí! (Qué dicha!)
ANGUST. Amigo mio, me alegro...
CARLOS. A los píes de usted, señora...
Señorita... yo tan bueno;
usted siempre tan famoso,
don Cándido, lo celebro.
Con su señora hace un rato
he visto salir á Ernesto.
CÁNDIDO. Eso acaban de decirme,
y ¡vive Dios! que lo siento,
porque es tarde, y si esperamos,
no llegarémos á tiempo.
Vamos juntos, en familia...
Usted será de los nuestros!

MATILDE. Sí, Cárlitos, venga usted.
CARLOS. Yo... señora...
CÁNDIDO. Por supuesto!
ANGUST. No le dejes escapar...
(*Ap. á D. Cándido.*)
y con eso podrás luego...
CÁNDIDO. Conque es asunto arreglado,
eh? Nada, sin cumplimientos!
CARLOS. Pero á dónde van ustedes?
Digo, si no es un secreto...
ANGUST. No hay secretos para usted.
CARLOS. Mil gracias.
CÁNDIDO. Hemos dispuesto
ir á ver lo reservado
del Retiro.
CARLOS. Lo celebro;
mas me duele no poder
aceptar su ofrecimiento.
CÁNDIDO. Cómo se entiende!
MATILDE. Qué dice!
ANGUST. Nos hace usted ese feo?...
CARLOS. No lo traduzca usté así,
que tal no ha sido mi intento.
CÁNDIDO. Acompáñenos usted.
CARLOS. (Yo me guardaré de hacerlo.)
CÁNDIDO. Se divertirá usted mucho!
CARLOS. Lo que es eso, sí lo creo.
CÁNDIDO. Allí verá usted las fuentes,
la gruta, el embarcadero;
tambien verá usted las fieras.
CARLOS: (No he menester ir tan léjos
para verlas.)
CÁNDIDO. Sobre todo,
admirará los paseos...
Conque, decídase usted,
que se está pasando el tiempo
y vamos á llegar tarde.
A las dos cierran.
ANGUST. Sí, pero...
qué hora es?...
CÁNDIDO. Ya es tarde, muy tarde,
las diez y cuarto lo menos.
CARLOS. Las diez y cuarto! Por vida!...
Señores, mucho lo siento;
mas, con permiso de ustedes

me voy, aunque pronto vuelvo.
Me ha citado el empresario;
y yo, la verdad, no quiero
faltar... usted ya comprende
que, en mi posicion, no debo...
ya hablarémos mas despacio...
Señora... adios... hasta luego.

ESCENA VII.

D.ª ANGUSTIAS, MATILDE, D. CÁNDIDO.

ANGUST. Pues me gusta!
MATILDE. (Se ha marchado
sin decirme... ¡qué grosero!)
CÁNDIDO. Ese muchacho es muy listo!
ANGUST. Y tú muy plomo!
CÁNDIDO. Convengo:
eso consiste en los años.
ANGUST. Si tú siempre has sido viejo!
CÁNDIDO. Angustias!
ANGUST. Es la verdad.
CÁNDIDO. Mira, mira, no empecemos...
ANGUST. Si tienes una cachaza,
y un... reniego de tu genio!
CÁNDIDO. Pero mujer, es posible
que siempre has de estar riñendo!
ANGUST. Si me hicieras caso tú!
MATILDE. Pero mamá...
CÁNDIDO. Ya lo creo;
si yo no hiciera otra cosa
que obrar segun tus deseos,
de fijo, entonces tú Cándido
seria un hombre... completo,
y nunca habria contiendas,
ni peloteras, ni... pero
dejémonos de cuestiones,
que tiempo de mas tenemos
para...
MATILDE. Dice bien papá:
por otra parte, no veo
un motivo para tanta
disension.
CÁNDIDO. Lo estás oyendo?...

Oh, Matilde! eres un ángel,
de mis pesares consuelo!
ANGUST. Porque te da la razon?
CÁNDIDO. No, Angustias, no; no es por eso;
porque se parece á tí
como una castaña á un huevo.
ANGUST. Pues ya que tanto la quieres...
CÁNDIDO. Sí, señora, que la quiero.
ANGUST. Habrá paciencia!..
MATILDE. Mamá!
CÁNDIDO. (Cuánto va á que tiene celos?)
ANGUST. Pues mas te agradeceria,
ya que es tan grande tu afecto,
que por ella hicieras mas
aunque la quisieras menos.
MATILDE. Pero á qué viene?...
ANGUST. Lo entiendes?
CÁNDIDO. (Adios! Ya pareció aquello!)
Tú no ignoras que ya he hablado
á Cárlos acerca ..
ANGUST. Bueno.
MATILDE. A Cárlos!
ANGUST. Mas, en resúmen,
nada has hecho de provecho.
CÁNDIDO. Si él no quiere...
ANGUST. Se le obliga.
MATILDE. Eso, mamá, no lo apruebo.
ANGUST. Qué dices!
MATILDE. Ya sabe usted
que amo á Cárlos; mas no quiero
se una conmigo á la fuerza.
CÁNDIDO. Bien dicho! Lo estás oyendo?
ANGUST. Conque no quieres casarte?
MATILDE. Yo sí quiero, mamá, pero...
ANGUST. Es que para conseguirlo
no basta á veces quererlo.
Si Cárlos no se decide,
sabe Dios cuándo tendrémos
otra ocasion; por lo tanto,
conviene no perder tiempo.
MATILDE. Es verdad; papá, ande usted.
CÁNDIDO. (Oh! me la está pervirtiendo!)
MATILDE. Pídale usté esplicaciones.
ANGUST. Pero pronto.
CÁNDIDO. Estoy en ello.

MATILDE. Y si no accede...
CÁNDIDO. Le mato?
ANGUST. No: que deje libre el puesto.
CÁNDIDO. Pues vereis como le digo...
mas no respondo del éxito.
MATILDE. Mamá, mientras vuelve Julia,
aprueba usted que bajemos
al jardin?
ANGUST. Como tú quieras.
CÁNDIDO. Pero es que yo no lo apruebo.
ANGUST. Por qué razon?
CÁNDIDO. Porque es tarde;
y si nos entretenemos
aquí, de fijo al Retiro
no llegarémos á tiempo.
ANGUST. Pero, ¿no hemos de esperar
á Julia?
CÁNDIDO. Ah! sí; es verdad: bueno.
Me he equivocado, mujer;
es un feliz pensamiento.
Corred á admirar las flores,
que yo por aquí os espero.
ANGUST. Acompáñanos.
CÁNDIDO. (Por vida!...)
Déjame solo un momento,
voy á fumar un cigarro.
ANGUST. Dame el brazo.
CÁNDIDO. No; me quedo.
Como el humo te incomoda...
ANGUST. Pues no fumes.
CÁNDIDO. Buen remedio.
ANGUST. Toma, lleva la sombrilla.
(Dándosela á D. Cándido, que la rehusa.)
CÁNDIDO. Muchas gracias, no la quiero.
A mí no me ofende el sol.
ANGUST. Llévala.
(Se la da, y tira de la campanilla.)
CÁNDIDO. Corriente. *(La toma.)*
ANGUST. *(Al criado que se presenta.)*
Pedro,
cuando vuelvan los señores
nos llamará usté al momento.

—

ESCENA VIII.

PEDRO.

Descuide usted... Dios me libre
de faltar!... Bonito genio
tiene para que.., Cánario!
hay que andar con mucho tiento
con doña Angustias, si no...
Al revés de don Ernesto:
ese sí que es un señor
de los señores modelo.
Casi nunca me reprende:
todo lo encuentra bien hecho...
Y si alguna vez se enfada,
cosa bien rara por cierto,
me llama bruto, animal,
y se queda tan contento.
Pero alguien viene... los amos!
Les enteraré primero...

ESCENA IX.

DICHO, JULIA, ERNESTO.

(Estos salen de mal humor; llegan en medio del proscenio, se sueltan y cada uno se coloca en un estremo del teatro.)

PEDRO. Señor...
ERNESTO. Cállate!
PEDRO Señora...
JULIA. Que te calles!
PEDRO. Bien; pero es...
JULIA. Ya me lo dirás después.
PEDRO. Señor, es que...
ERNESTO. Déjame ahora.
PEDRO. Mas sepa usted que han venido...
ERNESTO. A mi esposa da el recado.
PEDRO. Señora... yo...
JULIA. Qué pesado!
Da el recado á mi marido.
PEDRO. (Pues, señor, estamos bien.)
Lo mejor será avisar...
ERNESTO. Pero acabarás de hablar?

PEDRO. Iba...

JULIA. Calla!

ERNESTO. Toma!! *(Dándole el gaban.)*

JULIA. Ten!!! *(Dándole el sombrero. Pedro, que está en el centro, se dirige á tomarlo.)*

ERNESTO. Hombre! Me gusta tu modo!
El gaban toma primero.

JULIA. No señor, toma el sombrero.

PEDRO. *(Tomando las dos cosas á la par.)*
Lo tomaré á un tiempo todo.
(Jesus! Qué caras! Qué horror!)
Manda usted algo, señora?...

JULIA. Que me dejes.

PEDRO. (En buen hora!)
Y usted manda algo, señor?

ERNESTO. Que te quites de delante!

PEDRO. (Por esta vez, ¡vive Dios!
acordes están los dos.)
Voy á avisar al instante...
(Deja el gaban y el sombrero y se va por la puerta del segundo término de la derecha.)

JULIA. *(Después de una pausa.)*
Pero no va usté á salir?

ERNESTO. Por ventura verme siente
usted?

JULIA. Me es indiferente.

ERNESTO. Nunca pude presumir
que tal dijera su boca.

JULIA. Pues no le debe admirar...
¿Qué tiene usted que esperar
de una mujer que está loca?

ERNESTO. Señora, por Dios: no mi alma
martirice de esta suerte.

JULIA. No lo tome usted tan fuerte...
Mas calma, Ernesto, mas calma.
¿No estaba usted deseando
dejarme en casa?

ERNESTO. Sí; y qué?

JULIA. Que no se detenga usté,
que le estarán esperando.

ERNESTO. Ya que usted me lo aconseja
voy á marcharme en seguida,
que no quiero que, en la vida,

tenga usted de mí una queja.

JULIA. Mil gracias.

ERNESTO. Yo soy así.

JULIA. Usted se irá, no lo impido,
pero tenga usté entendido
que ha de acordarse de mí.
Pues sufrir no puede mi alma
se burle usted de esta suerte!...

ERNESTO. No lo tome usted tan fuerte:
mas calma, Julia, mas calma.

JULIA. Pero si yo no me altero
por lo que pasa; á fé mia,
resignada, todavía
muchísimo mas espero.

ERNESTO. Pues me juzga usted muy mal.

JULIA. Al contrario.

ERNESTO. Pero acaso?...

JULIA. Ya ha dado usté el primer paso:
por lo tanto, es natural
que si hoy me aqueja el rigor
de su desvío inclemente,
mañana quizá lamente
la pérdida de su amor.

ERNESTO. Señora, estoy convencido
de que son un fingimiento
sus palabras.

JULIA. Conque miento!

ERNESTO. Sí, señora; convenido.
Para hacer su voluntad
y esclavizar mas al hombre,
la mujer invoca el nombre,
sí, de la felicidad.

JULIA. Oh!

ERNESTO. Pero yo que, hasta el dia,
humilde acaté la suya,
exijo que hoy no me arguya,
y acate á su vez la mia.

JULIA. Mas la conducta de usté
justificar necesita...
Usted tiene hoy una cita...

ERNESTO. A la cual no faltaré:
como lo siento, lo digo;
pues no creo que el estado
impida al hombre casado
el complacer á un amigo.

Le dí palabra formal...
JULIA. Pues me gusta la embajada!
Luego, para usted es nada
la ventura conyugal!
ERNESTO. Ventura!... voto al demonio!
JULIA. Reniego de los amigos...
si ellos son los enemigos
de la paz del matrimonio! (*Pausa larga.*)
Mas lo que es conmigo!... no;
no crean que soy tan necia!...
Ya que usted tanto le aprecia,
escoja... ó su amigo, ó yo!
ERNESTO. Que escoja yo?... ¡Vive Dios!
JULIA. Y pronto... diga usted quién?...
ERNESTO. Usted lo exige?... Pues bien,
prefiero...
JULIA. A quién?
ERNESTO. A los dos!
JULIA. No se puede conciliar
fácilmente... usted lo entiende?
ERNESTO. Ba! ba! Lo que usted pretende
es, que al fin haga constar
que, al otorgarle mi mano,
la libertad renuncié;
esa joya hermosa que
disfruta todo cristiano.
Y tan baja confesion
ridiculiza mi nombre,
y, por mas que á usted asombre,
la rechaza mi razon.
JULIA. No haga usted tantos estremos...
Prohibo que se vaya usté.
ERNESTO. Pues yo digo que me iré.
JULIA. Lo verémos!
ERNESTO. Lo verémos!

ESCENA X.

DICHOS. — CARLOS.

CARLOS. Hombre! Me alegro encontrarte!
ERNESTO. Déjame en paz.
CARLOS. (*Sin ver á Julia.*) Qué te pasa?
ERNESTO. Eh! qué sé yo!

CARLOS. Sin embargo,
el que estés de mala data,
no es razon para que yo,
querido Ernesto del alma,
deje de decirte que...

ERNESTO. Yo no quiero saber nada.

CARLOS. Yo sé que te alegrarás
cuando te diga...

ERNESTO. Te engañas!

CARLOS. El empresario ha leido
el segundo acto...

ERNESTO. Ya basta!

CARLOS. Y me ha dicho...

ERNESTO. ¡Por la Vírgen!
No me hables, Cárlos, de dramas,
que hartos dramas tengo yo
á todas horas en casa.

CARLOS. Es que has de saber, Ernesto...

ERNESTO. Ya me lo dirás mañana.

CARLOS. Ahora ha de ser!

ERNESTO. Uy! qué chinche!

CARLOS. Pues como digo...

ERNESTO. Caramba!
No hay paciencia!...

CARLOS. Pero escucha...

ERNESTO. Eh! Vete al infierno!
(*Vase por la puerta de la izquierda.*)

CARLOS. Calla!
Pues señor, es una coz
que me hace muy poca gracia.
Marcharse así... pero ¡cielos!
(*Viendo á Julia.*)
allí está Julia sentada!
Voy á decirla... A bien que ella
se alegrará... ¡No faltaba!...
Mi señora doña Julia!...
mil perdones si yo...

JULIA. Gracias!

CARLOS. Deme usted la enhorabuena!
(Calla! me vuelve la espalda!)
El empresario...

JULIA. Dispense
usted...: estoy ocupada.
Abur. (*Vase por la puerta del primer término de la derecha.*)

CARLOS. Abur! Me ha dejado
convertido en una estátua.

ESCENA XI.

CARLOS, D. CANDIDO. *Después* D.ª ANGUSTIAS; *luego* MATILDE Y PEDRO.—(*Todos salen por la puerta del segundo término de la derecha.*)

CARLOS. Confieso que una conducta
tan incivil ya me carga!...
Pero ¿qué se ha de esperar
de una gente... que se casa?
Mas aquí viene don Cándido!

CÁNDIDO. Ya la paciencia me falta! (*Dentro.*)

CARLOS. Él sí que se alegrará
cuando sepa!...

CÁNDIDO. Calla! calla! (*Saliendo.*)

CARLOS. Don Cándido!

CÁNDIDO. (Otra vez esté!)

CARLOS. Voy á dar á usté una grata
noticia.

CÁNDIDO. Mucho me alegro.

CARLOS. El segundo acto... de...

CÁNDIDO. Vaya...
Sabe usted dónde está Julia?

CARLOS. En esa pieza inmediata.
Pues señor, el segundo acto...

CÁNDIDO. Soy con usted. (*Vase por la puerta de la derecha del primer término.*)

ANGUST. Vamos, anda. (*Saliendo.*)

CARLOS. Doña Angustias!

ANGUST. Y mi esposo?

CARLOS. Ahí dentro está.

ANGUST. Muchas gracias.
(*Vase por la primera puerta de la derecha del primer término.*)

CARLOS. Pero ¿qué es esto? ¡Dios mio!
Ah! Matilde! cuánto ansiaba
verte! (*Viendo á Matilde.*)

MATILDE. Luego hablarémos.
Adios, que mamá me aguarda.
(*Vase por el mismo sitio.*)

CARLOS. Ay! Pedro... si usted supiera!

(*Viendo al criado. Oyese una campanilla.*)

PEDRO. Me están llamando en la sala.
(*Vase por el fondo.*)

ESCENA XII.

CÁRLOS.

¿Pero qué demonios tienen
los que habitan esta casa?
Con menos razon hay prójimos
que se ven en una jaula.
Y precisamente, cuando
vine á escape, porqué ansiaba
darles una gran noticia!...
y no tengo á quien contarla!..
No encontrar á quien poder
decir aquí, en confianza,
que ha gustado al empresario
el segundo acto!!! Oh, desgracia!
Voy á ver si encuentro á alguno...
y si al fin me lo depara
mi fortuna, ¡vive Dios!
que he de tomar la revancha.
(*Se dirige al fondo, y Ernesto que sale por la puerta de la izquierda le detiene.*)

ESCENA XIII.

CARLOS, ERNESTO.

ERNESTO. Adónde vas tan de prisa,
Cárlos?

CARLOS. Hombre, á ver si encuentro
quien tenga el juicio cabal.

ERNESTO. Perdóname; te comprendo.
La conducta que contigo
he observado hace un momento,
fue hija de mi mal humor;
y por lo tanto, te ruego
me perdones.

CARLOS. En verdad
mucho me sorprendió, pero...

ERNESTO. Supongo no habrás dudado
del cariño que te tengo,
ni mucho menos creido
que ofenderte fue mi objeto.
Tuve un disgusto con Julia...
cuando entraste estaba ciego...
y fuiste inocente víctima
de mi enojo... Ni aun me acuerdo
de lo que me hablabas...

CARLOS. No?
Pues no te apures por eso,
que te lo recordaré.
Basta que confieses...

ERNESTO. Bueno.

CARLOS. Todo lo olvido.

ERNESTO. Corriente.
Pues, si te parece, irémos
á almorzar. (*Poniéndose el gaban.*)

CARLOS. ¿Qué es lo que escucho?
De veras?

ERNESTO. Ponte el sombrero.

CARLOS. Pero lo has pensado bien?

ERNESTO. Sí.

CARLOS. Mira que Julia luego
te va á regañar.

ERNESTO. Mejor.
(*Agitando el cordon de la campanilla.*)

CARLOS. Bravo! así me gustas!

ERNESTO. (*A Pedro que sale.*) Pedro:
si la señora pregunta
por mí, como así lo espero,
la dirás... (Se va á poner
hecha un tigre!...)

CARLOS. Mira, Ernesto,
en mi concepto conviene
que no perdamos el tiempo;
pues si no...

ERNESTO. Tienes razon.
Oye: dila... (*A Pedro.*)

CARLOS. Vamos presto.

ERNESTO. La dirás que me he marchado. (*A Pedro.*)
Te parece bien? (*A Carlos.*)

CARLOS. Eso, eso!

ERNESTO. (Salga el sol por Antequera!)

CARLOS. Eres un hombre completo!

ESCENA ÚLTIMA.

D. CANDIDO, D.ª ANGUSTIAS, JULIA, MATILDE; *después* PEDRO.

CÁNDIDO. Conque no nos detengamos.
JULIA. Ay! mamá, cuánto me alegro!
MATILDE. Por supuesto, vendrá Carlos!
CÁNDIDO. Cárlos será de los nuestros.
ANGUST. Y á ver si haces que se esplique. *(A Cánd.)*
JULIA. Haré que avisen á Ernesto.
(Sonando la campanilla.)
CÁNDIDO. Pero pronto, que es muy tarde.
JULIA. *(A Pedro que aparece por el fondo.)*
Llame usted al señor, Pedro.
PEDRO. Ha salido.
JULIA. *(Cayendo en una silla.)*
Que ha salido!
PEDRO. Con don Cárlos, há un momento.
CÁNDIDO. Esto solo nos faltaba!
Así nunca acabarémos.
ANGUST. Pero hija, qué es lo que tienes?
MATILDF. Qué te pasa?
JULIA. Ingrato! pérfido!
ANGUST. Por qué lloras?...
JULIA. Ay! mamá!
Porque me ha olvidado Ernesto!
CÁNDIDO. La cosa se va arreglando.
ANGUST. Mas sospechas?...
JULIA. No sospecho.
Estoy segura.
ANGUST. Qué dices?
JULIA. Estoy muy segura de ello!
CÁNDIDO. Pues esto es ir á una boda
y hallarse con un entierro!
JULIA. Sé que tenia una cita.
ANGUST. Y tú crees?...
JULIA. Mucho temo...
ANGUST. Pero esa cita es de amores?...
JULIA. Harto lo prueba el empeño
que hoy ha mostrado en salír
contra mi voluntad.
MATILDE. (Cielos!
y Cárlos le acompañaba!
Oh! Si ningun hombre es bueno!)

ANGUST. Qué fiel es mi corazon!
Apenas te ví, al momento
en tu semblante noté
indicios mal encubiertos
del dolor que te aquejaba.
JULIA. Ay!
ANGUST. Y si guardé silencio,
fue por prudencia... Mas tú *(A D. Cándido.)*
¿qué haces?
CÁNDIDO. Nada: lo estás viendo.
ANGUST. Así, así, no te acalores...
Es lo mejor.
CÁNDIDO. No empecemos.
ANGUST. Tú tienes la culpa, tú,
de lo que está sucediendo.
CÁNDIDO. Si estoy diciendo que es tarde
mas de dos horas lo menos...
Ba! No parece sino
que por mí nos detenemos.
ANGUST. Si yo tuviera calzones!...
CÁNDIDO. Quisiera verte en mi puesto.
ANGUST. No quedaria esto así!
CÁNDIDO. Qué harias?
ANGUST. El mundo entero
hubiera minado yo,
y ya á estas horas Ernesto
hubiera vuelto á su casa...
Mas, en fin, eso va en genios.
CÁNDIDO. Pero qué quieres tú que haga?
ANGUST. Que le busques... eso quiero.
JULIA. Sí, papá.
CÁNDIDO. Jesus me asista!
JULIA. Por Dios! vaya usted corriendo...
MATILDE. Busque usté á Cárlos tambien.
CÁNDIDO. Válgame San Nicodemus!
vaya usted á averiguar....
MATILDE. Corra usted.
ANGUST. Anda ligero...
JULIA. No se venga usted sin él.
MATILDE. Ni sin Carlitos.
CÁNDIDO. Entiendo.
ANGUST. Pero, hombre, avívate mas!
JULIA. Sí, que tal vez será tiempo...
CÁNDIDO. (Lo que es para ir al Retiro
lo dificulto.) Mas ¡cuerno!

dónde estará?...

ANGUST. Qué buscas? (*A Cándido que andará buscando una cosa.*)

CÁNDIDO. Qué he de buscar! el sombrero!

ANGUST. Pero, hombre, será posible!...

MATILDE. Papá, lo lleva usted puesto.

CÁNDIDO. (*Después de haberse convencido.*)
Si me estais volviendo loco!
Si esta vida es un infierno!!

ANGUST. Jesus, qué hombre!

CÁNDIDO. (*Marchándose*). Qué mujer!

ANGUST. Ya se fué, gracias al cielo!

MATILDE. Dios quiera que encuentre á Carlos!

JULIA. Dios quiera que encuentre á Ernesto!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

—

La misma decoracion que en el anterior.

—

ESCENA PRIMERA.

JULIA y MATILDE.

MATILDE. Querida hermana, no llores;
tranquilízate.
JULIA. No puedo.
Tarde recobra la calma
si una vez la perdió el pecho.
Tú no sabes cuán amargo
es el dolor de los celos!
MATILDE. Que no lo sé? Considera
que Cárlos va con Ernesto.
JULIA. Pero es distinto...
MATILDE. No tal.
JULIA. Me gusta!
MATILDE. Pues fuera bueno!...
JULIA. Ernesto es mi esposo.
MATILDE. Y Cárlos
tardará muy poco en serlo
mio.
JULIA. Mas la verdad...
MATILDE. Julia,
la verdad es que le quiero,
y que él quizá en este instante
olvida sus juramentos,
y á otra mujer...
JULIA. Calla! Calla!...
MATILDE. Qué martirio!
JULIA. Qué tormento!

ESCENA II.

DICHAS, DOÑA ANGUSTIAS.

ANGUST. Cúmplanse al punto mis órdenes. *(Al fondo.)*
JULIA. Madre mia!
ANGUST. Volvió Pedro?
JULIA. No, señora.
ANGUST. Qué cachaza!
Tu padre?...
MATILDE. Tampoco ha vuelto.
ANGUST. No me estraña... mas conviene
que no perdamos el tiempo.
JULIA. Sí, pero...
ANGUST. ¿Piensas hallar
tal vez llorando el remedio?
JULIA. No, señora.
ANGUST. Pues entonces...
JULIA. Pero, qué hacer?
ANGUST. Lo primero,
no malgastar esas lágrimas,
porque te harán falta luego,
y lo segundo ayudarme
á indagar el paradero
de tu dichoso marido,
porque sin tregua debemos
sofocar la rebelion
antes que tome incremento.
JULIA. Pero si papá ya fue...
ANGUST. Tu padre!... Tambien fue Pedro.
Pero los dos andarán
por esas calles corriendo,
y quizá sin que ninguno
consiga encontrarle.
MATILDE. Es cierto.
ANGUST. Yo un proyecto he concebido.
JULIA. Y cuál es?
ANGUST. Firma al momento
estas cartas. *(Dándola cinco ó seis cartas.)*
JULIA. Vengan.
ANGUST. Toma
y despacha.
JULIA. *(Examinándolas.)* Mas, qué es esto?
ANGUST. Eso es una circular,
cuatro renglones..

JULIA. No entiendo...
«Señorita doña Clara *(Lee.)*
»Fernandez de Valdivieso:
»Esta mañana ha salido
»de casa, mi esposo Ernesto,
»faltando á mi voluntad,
»y todavía no ha vuelto.
»Como sé que á usted trataba
»antes de mi casamiento,
»la suplico que me diga,
»para acallar mis recelos,
»si está en su casa de usted;
»por cuyo favor la ofrezco
»mi constante gratitud
»y el cariño mas sincero.»
Pero, mamá, yo no trato,
ni aun haber visto recuerdo
en mi vida, á la señora
Fernandez de Valdivieso,
á quien dirijo esta carta.

ANGUST. Eso, Julia, es lo de menos.

JULIA. Tampoco conozco á esta otra...
(Examinando las cartas.)
Ni á esta... ni... Yo no me atrevo...

ANGUST. Qué dices!

JULIA. Se me figura
que este paso es muy espuesto.

ANGUST. Haz lo que te digo.

JULIA. Es que...

ANGUST. Tal vez en estos momentos
alguna de esas señoras
te roba el amor de Ernesto.

JULIA. Oh! será posible!

MATILDE. Cuando
mamá lo asegura...

ANGUST. Cierto;
y tú consentir no debes...

JULIA. *(Que habrá estado luchando.)*
Firmaré... (Me ahoga el despecho!)
(Firmando.)
Y quién las lleva?

ANGUST. Nosotras.

JULIA. Nosotras!

ANGUST. Con este objeto
que engancharan la berlina

hace un instante hé dispuesto.
Las entregará el lacayo,
y al volver encontrarémos
algunas contestaciones.

JULIA. Vamos, pues.

MATILDE. Aquí está Pedro!

ESCENA III.

DICHAS, PEDRO.

ANGUST. Qué has averiguado?...

PEDRO. Nada!

JULIA. Conque no le has visto?

PEDRO. Y eso
que he corrido de lo lindo.

ANGUST. Ya me lo estaba temiendo.

PEDRO. Como Madrid es tan grande!...
no es estraño...

ANGUST. Bueno, bueno!

PEDRO. Yo no he dejado un rincon...

ANGUST. Tráenos nuestros sombreros,
porque vamos á salir.

PEDRO. Está muy bien: el cochero
me encargó dijese á usted
que el carruaje está dispuesto.
(Vase Pedro por la puerta de la derecha, y á poco sale con los sombreros.)

JULIA. Mas, señor, ¿dónde estará
ese hombre?

ANGUST. Ya lo sabrémos.
Serenidad, sobre todo.

JULIA. Yo le juro!...

ANGUST. Por supuesto,
que aquí quien tiene la culpa
de lo que está sucediendo
es su amigo.

MATILDE. Cómo! Usted
piensa que Cárlos!...

ANGUST. Yo pienso
que el mejor de los amigos
debia estar...

PEDRO. Los sombreros. *(Saliendo.)*

ANGUST. Si trajeran unas cartas

para la señora, Pedro,
déjalas sobre la mesa
de su gabinete.

PEDRO. Entiendo.
Y si, por casualidad,
viene el señorito Ernesto,
y pregunta... qué le digo?

ANGUST. Que nos hemos ido.

PEDRO. Bueno.

ESCENA IV.

PEDRO.

¡Jesus, y qué laberinto!
cada vez lo entiendo menos:
al salir me dió la idea
de preguntar al portero
si sabia hácia qué punto
se encaminó don Ernesto;
y me dijo haber oido
decir á su compañero,
cuando á la calle salian:
«Aplaudo tu pensamiento.
A ver á Lhardy en seguida.»
Con este dato, derecho
me fuí á la fonda, y, cabal:
allí á mi señor encuentro
con don Cárlos y don Cándido
almorzando tan contentos.
—A qué vienes!—gritó al verme
poniendo torcido el gesto...
—Yo, señor...—Ya lo adivino;
mas vuélvete á casa, Pedro,
y si sabe mi mujer
que me has visto, te prevengo
que te despido tan pronto
como me aperciba de ello.
—Descuide usted, exclamé,
y cuente con mi silencio.
No seré yo quien la diga...
vaya!...—Pues estamos frescos!
Pero lo que á mí me estraña
es que don Cándido, el viejo,

CÁNDIDO. Sí, señor: *(A Ernesto.)*
hablar alto es lo mejor
si aspiramos á triunfar.
ERNESTO. Tal cambio me maravilla!
CÁNDIDO. Que gritan!... gritamos mas!
sinó, á la cabeza, zás!
las tiramos una silla.
No digo bien? (*Volviéndose á Cárlos.*)
ERNESTO. Al contrario.
CÁNDIDO. (*A Cárlos, viendo que tiene el sombrero en la mano.*)
Pero, cómo! se vá usté?
CARLOS. Sí.
CÁNDIDO. Pero, hombre!.,
CARLOS. Volveré:
voy á ver al empresario.
Dos actos leyó, y espero,
pues que al fin le gustará,
que mi obra se aprobará
así que lea el tercero.
CANDIDO. Usted irá á Leganés
con sus dramas.
CARLOS. No señor...
Adios, Ernesto; valor!
ERNESTO. Adios, chico.
CARLOS. (*A D. Cándido.*) Hasta después.
CÁNDIDO. Que vuelva usted por acá;
y cuando tenga un momento
daré á usted un argumento
de mucho efecto.
CARLOS. Já! já!

—

ESCENA VI.

D. CANDIDO, ERNESTO.

CÁNDIDO. Tengo yo algunas ideas
que coordinando despacio...
ERNESTO. Ideas usted!...
CÁNDIDO. Sí tal;
pues tú qué te has figurado?
Aquí donde me estás viendo,
aun no tenia quince años
y ya habia escrito un drama.

Si era yo, cuando muchacho,
mas travieso!... Pues si vieras
las poesías que á ratos
me sacaba yo de aquí!
(Señalando la frente.)
Que lo diga mi criado.

ERNESTO. Pues qué tenia que ver?...

CÁNDIDO. Verás: le gustaron tanto
las primeras que compuse,
que me estaba preguntando
todos los dias: Señor,
¿ha estado usted inspirado?
¿ha compuesto usted mas coplas?

ERNESTO. Eso decia! (Qué sábio!)

CÁNDIDO. Llamar coplas... á mis versos!
Coplas!! Has visto que zángano?
Pero á mí me hacia gracia...

ERNESTO. (Pobres versos de don Cándido
si llega á hacerle justicia!)

CÁNDIDO. Y yo le daba al contado
todas mis composiciones.
El bribon las fue guardando
poco á poco, y las vendió.

ERNESTO. Qué dice usted! las compraron?
(Parece cosa imposible!)

CÁNDIDO. Y sacó muy buenos cuartos!
Y eso que, segun me dijo,
las vendió al peso.

ERNESTO. Ya caigo!

CÁNDIDO. Conque aprende... ya vés tú!

ERNESTO. (Sí, ya veo que compraron
de papel varias arrobas.
Papel que hubiera pagado
cualquiera cien veces mas
á haberlo vendido en blanco.)

CÁNDIDO. Mas ahora que recuerdo!...
Vosotros teneis el *Diario
de Avisos?*

ERNESTO. Sí, mas ¿por qué
no descansa usted un rato?

CÁNDIDO. Hombre, ¡vaya una manía!

ERNESTO. Es que...

CÁNDIDO. Si no estoy cansado!
Y dónde está?...

ERNESTO. Por adentro.

CÁNDIDO. Pues voy yo mismo á buscarlo.
El dia que no lo leo
parece que me falta algo.
¿Te sucede á tí lo mismo?
ERNESTO. Algunas veces.
CÁNDIDO. Es claro...
es un papel muy ameno!! (*Marchándose.*)
Tú no saldrás?
ERNESTO. No, no salgo.
CÁNDIDO. Pues si viene mi mujer
que me avises al contado.
ERNESTO. Así lo haré.
CÁNDIDO. Y á ver, tú,
cómo te portas, canario!
que por mas que diga Julia
no dés á torcer tu brazo:
apriétala las clavijas,
y deja que ruede el carro.
En cuanto á mi cara esposa,
he de hacer que!... Pero callo.
ERNESTO. Sí, señor; es lo mejor...
CÁNDIDO. He dicho. Voy por el *Diario*.

ESCENA VII.

ERNESTO.

Pues, señor, si yo he pecado,
con haberme ido á almorzar,
ya bastante lo he purgado;
mas no siento lo pasado
sino lo que hay que pasar.
Pues si Dios con su poder
no lo remedia al instante,
entre el suegro y su mujer,
de esta casa van á hacer
otro campo de Agramante.
Su mujer es una arpía,
que hacerle víctima supo
de su insolente osadía...
Mas de su mujer me ocupo
y me olvido de la mia.
La lucha se ha declarado,
y conviene, antes de obrar,

escoger con gran cuidado
los medios para lograr
un brillante resultado.
Mi esposa, como una fiera
vendrá, es natural; y luego
que habrá echado leña al fuego
su maternal consejera,
mi suegra; de quien reniego!
Pero si aquí se propasa,
yo á su desman pondré tasa;
que no es para consentido
venga á dar guerra á mi casa
existiendo su marido.

ESCENA VIII.

DICHO. — PEDRO, *con cuatro cartas.*

ERNESTO. Han venido las señoras?
PEDRO. No, señor.
ERNESTO. Pues, qué me quieres?
PEDRO. Iba á dejar estas cartas
ahí dentro, en el gabinete.
ERNESTO. A ver, á ver.
PEDRO. La señora
me encargó que así lo hiciese.
ERNESTO. Tráelas digo.
PEDRO. *(Dándoselas.)* Está muy bien.
(Allá se las hayan!)
ERNESTO. Vete.

ESCENA IX.

ERNESTO, *á poco* PEDRO *con una carta.*

ERNESTO. ¡Es una cosa asombrosa!
y hasta que me hace pensar...
Pero no... no hay que dudar,
todas son para mi esposa.
Mas mi razon no penetra
de quién las cartas serán...
todas cerradas están
y no conozco la letra;
al menos no hago memoria...

PEDRO. Otra acaban de traer. *(Dándosela.)*
ERNESTO. Tambien para mi mujer! *(Vase Pedro.)*
Esto ya pica en historia.
Pues me gusta la ocurrencia!...
Muy urgente! Já! já! já!
¿Qué asuntos, Julia, tendrá
que reclaman tanta urgencia?
Siempre serán tonterías!...
no obstante, las voy á abrir...
quiero de dudas salir.
Julia abre tambien las mias.
Veamos la mas urgente. *(Abriendo una.)*
Cielo santo! qué he leido!
(Abriéndolas todas.)
¡Vive Dios que se ha lucido
mi señora, ¡qué imprudente!
En ridículo me ha puesto?
¡Oh! la juro que esta accion!...
No me abandones, razon;
ten calma... mas calma, Ernesto. *(Despues de una pausa, leyendo una carta.)*
«Desde que don Ernesto
»se hizo marido,
»por mi casa, señora,
»no ha parecido.
»Si viene acaso,
»se le enviaré en seguida
»con un criado.»
Sí, sí, con mucha cautela
poniendo á mis pasos tasa,
para que vuelva á mi casa
como un chiquillo á la escuela.
Es muy bonita la chanza.
¡Oh, venturosa coyunda!
mas veamos la segunda,
que yo tomaré venganza.
(Leyendo otra.)
«Señora doña Julia
»de Palomares,
»La de usted he leido
»con pena grande.
»Y la contesto
»que des que tomó estado
»no he visto á Ernesto.
»Su pérdida conozco

»la habrá afligido,
»pero no está, señora,
»todo perdido.
»Yo la aconsejo
»que le anuncie en el **Diario**
»sin perder tiempo.»
Pues seria divertido
y bastante original:
—A Fulanita de Tal
se le ha perdido el marido;
á aquel que, sin dilacion,
se lo devuelva á su dueña,
dará alguna que otra seña
y la gratificacion.—
(Leyendo otra.)
«Compadezco su pena;
»mas, doña Julia,
»usted de lo que pasa
»tiene la culpa.
»Pues yo no opino
»que se dé tanta rienda
»á los maridos.
»De ver correr el suyo
»hoy se lamenta,
»si usted le dió las alas
»¿quién le sujeta?
»En adelante
»tire usted de las riendas...»
(Tirando las cartas encima de la mesa.)
¡Hasta que salten!
Apenas puedo creer
lo que estoy viendo; á mi esposa,
no puede ser otra cosa,
la aconsejó Lucifer.
Poco me importan á fe,
(Señalando las cartas.)
las punzantes chanzonetas
de unas solemnes coquetas
cuya altivez humillé!
Pero yo sufrir no puedo
con santa resignacion,
que todos, sin compasion,
me señalen con el dedo.
Y que al verme por ahí
el brazo dando á mi esposa

con sonrisa maliciosa
la diga alguno: «Así, así,
»usted, señora, es muy cuerda,
»llévele usted agarrado,
»y, sobre todo, cuidado
»para que no se le pierda.»
Porque estas mujeres, sí,
que no tienen corazon,
no perderán la ocasion
para vengarse de mí.
Y esta aventura, añadida,
de boca en boca andará,
y á mi pesar la sabrá
todo Madrid en seguida.
Conviene, pues, cuanto antes
evitar todo el ridículo,
que harto grande es ya el artículo
de maridos vergonzantes.
Es dura la providencia,
mas mi mujer lo ha querido...
que espíe, como es debido,
su malhadada imprudencia.
(Vase por la puerta de la izquierda, llevándose las cartas.)

ESCENA X.

DOÑA ANGUSTIAS, JULIA, MATILDE, PEDRO.

ANGUST. Conque al fin volvieron todos?
PEDRO. Sí, señora; hace un buen rato.
ANGUST. Y las cartas que me has dicho,
dónde están?
PEDRO. Las tiene el amo.
JULIA. Quizá ya las haya abierto!
Todo se perdió!
ANGUST. Al contrario.
JULIA. Pero si sabe que he escrito...
ANGUST. Tienes mucho adelantado.
JULIA. Qué es lo que está usted diciendo?
ANGUST. Tú habias tarde ó temprano
de decírselo; pues bien,
te ha evitado ese trabajo.
Dónde se fué el señorito? *(A Pedro.)*

PEDRO. Se habrá metido en su cuarto.
ANGUST. Eso es que de tí se oculta,
pues te teme.
JULIA. Sin embargo,
Ernesto podrá temerme,
mas yo, mamá, estoy temblando.
MATILDE. Y por qué?
ANGUST. No seas tonta,
mira que sinó... Y don Cándido? *(A Pedro.)*
PEDRO. Hace un instante en la sala
estaba leyendo el *Diario.*
Si quiere usted que le avise...
ANGUST. No, yo misma iré á buscarlo.
(Vase Pedro.)
Quiero encargarle que al punto
otra vez hable con Cárlos.
Él se hace el desentendido,
y francamente, no estamos
para perder así el tiempo:
errar ó quitar el banco.
MATILDE. ¡Qué buena es usted, mamá!
ANGUST. Tú, Julia mia, entretanto
con energía le sientas
á tu marido la mano;
pero levanta los ojos,
y háblale con desparpajo
y sin morderte la lengua,
pues si no, valiente caso
hará de tí.
JULIA. Pero yo...
ANGUST. Julia, Ernesto te ha faltado;
si le pasas la primera,
si no vengas el agravio
y con rigor le castigas,
él se creerá autorizado
para faltarte otra vez,
y sin poder remediarlo
siempre serás tú la víctima,
él será siempre el tirano.
JULIA. Yo lo conozco, mamá;
mas quisiera...
ANGUST. Te dejamos.
JULIA. No me atrevo...
ANGUST. Pues me gusta!
Julia, medita despacio,

que aun no está perdido todo,
que tu suerte está en tus manos:
ó esclava toda la vida,
ó señora, escoje. Vamos.

ESCENA XI.

JULIA.

¡Esclava ó señora! ¿Puedo
dudar quizá en la eleccion?
Mas no sé por qué razon
estoy temblando de miedo.

ESCENA XII.

JULIA, ERNESTO, *con un pliego.*

ERNESTO. Señora!...
JULIA. Ernesto!
ERNESTO. (Valor!)
Me alegro ver á usté aquí,
porque es probable que así
me comprenda usted mejor.
Conozco que la he faltado,
y la pido mil perdones,
pero, por varias razones,
no puedo estar á su lado.
JULIA. Estoy soñando! qué es esto?
ERNESTO. Por este pliego verá
que á usted nada faltará,
pues órden he dado...
JULIA. Ernesto!!
ERNESTO. Es inútil la porfía.
JULIA. Tú vas á volverme loca!
ERNESTO. Existe razon muy poca
para hacer tal tontería.
JULIA. Oh! no me atormentes mas!...
ERNESTO. Señora... no escucho nada.
Mi sentencia está dictada,
y no he de volverme atrás.
JULIA. *(Con cruel resignacion y tomando el pliego que la da Ernesto.)*

Así usted lo quiere... sea.
(Dios mio, ten compasion!)
(Cayendo en una silla.)

ERNESTO. *(Al marcharse viendo á doña Angustias por el fondo.)*
(Oh! mi suegra! Maldicion!
No conviene que me vea!)
(Vase por la segunda puerta, derecha.)

ESCENA XIII.

DOÑA ANGUSTIAS, JULIA.

ANGUST. Jesus! Qué hombre tan zopenco!
Como un tronco se ha dormido
en la sala... Esto es atroz!
Mas, cielos! qué es lo que miro!
(Viendo á Julia que llora.)
Por qué estás tan compungida?
Hablaste con tu marido?
JULIA. Sí, señora!
ANGUST. Bien y qué?
JULIA. Madre mia!
ANGUST. Qué le has dicho?
JULIA. Yo... nada...
ANGUST. Luego es decir
que tienes de adorno el pico?
JULIA. El hablar no me ha dejado...
ANGUST. Es claro, habrá conocido
su falta, y antes que tú
le digeras lo mas mínimo,
el infame se habrá puesto
hecho una furia contigo.
Es el plan que han adoptado
casi todos los maridos.
Pero no llores, querida;
el cielo te ha concedido
una madre, como hay pocas,
aunque me esté mal decirlo,
y todo se arreglará.
JULIA. Imposible!
ANGUST. Qué delirio!
JULIA. Abra usted, madre, ese pliego:
lea usted su contenido.

ANGUST. Me asustas!
JULIA. Para mi pena
en el mundo no hay alivio.
ANGUST. *(Después de haber leido el pliego que le ha dado Julia.)*
Conque una separacion!
JULIA. A la que no me resigno.
ANGUST. Y tú ¿qué piensas hacer?
JULIA. No lo sé.
ANGUST. Pues es preciso
resolverse.
JULIA. Yo no puedo
vivir sin Ernesto!
ANGUST. Opino
que ante la justicia debes
demandar á tu marido.
JULIA. Yo acusar á Ernesto!
ANGUST. Sí.
JULIA. Y qué con ello consigo?
ANGUST. Hacer que, cual se merece,
se castigue su delito.
JULIA. Mas podrán los tribunales
devolverme su cariño? *(Con desesperacion.)*
ANGUST. Después hablarémos de eso.
Yo tengo varios amigos
en la curia, y nos dirán...
JULIA. Desista usted.
ANGUST. No desisto;
que sacrificar no debes
tu dignidad ..
JULIA. Quién ha dicho?...
Para quien ama de veras
no existe tal sacrificio.
ANGUST. Mas ya ves que no lo entiende
de ese modo tu marido.
JULIA. Pero porque él obre mal,
yo no debo obrar lo mismo.
ANGUST. Estás loca! Voy á ver
si encuentro aquí algun indicio
que dé á conocer al menos
las razones que ha tenido...
JULIA. Yo las ignoro.
ANGUST. *(Leyendo el pliego.)* Aquí veo...
JULIA. ¿Qué, mamá? *(Con afan.)*
ANGUST. Vaya un motivo!

JULIA. Por qué Ernesto me abandona?
ANGUST. Porque dice que en ridículo
le han puesto ya para siempre
esas cartas que has escrito.
JULIA. El corazon me anunciaba
que nunca debí...
ANGUST. Pues digo,
que tampoco lo ha tomado
poco fuerte el señorito.
JULIA. Qué habrán dicho esas mujeres!
De pensarlo me horrorizo!
ANGUST. Aquí tienes las respuestas
que interceptó tu marido.
(Sacando unas cartas del pliego.)
JULIA. Deme usted pronto esas cartas...
Quiero ver...
ANGUST. Toma.
JULIA. *(Despues de haberlas examinado.)*
Dios mio!
ANGUST. Pueden de pruebas servir?...
JULIA. Usted, madre, me ha perdido!
ANGUST. Y por qué?
JULIA. Perdon, Ernesto!
ANGUST. *(Sin dejar de examinar el pliego.)*
Aquí veo un requisito
que atenúa en gran manera
las circunstancias; de fijo
que esta accion me reconcilia
en parte con tu marido.
A mi me sorprende...
JULIA. Qué?...
ANGUST. Dice que encarga á un amigo
te dé el dinero que pidas
sin aguardar otro aviso,
y además para alimentos
la posesion te ha cedido
que tiene en Ronda. Muy bien.
JULIA. Y qué me importa?
ANGUST. Qué miro!
«Apelo á tí misma, Julia, *(Leyendo.)*
»¿cómo en paz vivir contigo,
»si hasta el comer, para tí,
»es un enorme delito?
»Mientras dudabas, ingrata,
»de mi constante cariño,

»estaba almorzando yo
»en la fonda muy pacífico
»con Cárlos y con tu padre »...
Con Cándido! Es inaudito!
Mi esposo almorzar! No! ¿Cómo
se ha de haber él permitido?...
Tu marido, es claro, habrá
intentado pervertírmelo;
mas conmigo no se juega:
yo haré que despierte listo,
y, si es verdad que ha almorzado,
que encomiende bien su espíritu!

ESCENA XIV.

JULIA. *Después* ERNESTO.

JULIA. Ay! si Ernesto me escuchara!...
de mi pena enternecido
perdonaria mi error
y mi insensato extravío.
Abandonada... sin él!
será mi vida un martirio!
¡Dónde encontrar ya la dicha
que para siempre he perdido!...
ERNESTO. En mis brazos, Julia mia.
JULIA. Ernesto!
ERNESTO. Todo lo he oido!
JULIA. Será cierto! Me perdonas?
ERNESTO. Puedes dudarlo, bien mio?
JULIA. Gracias.
ERNESTO. Si así no lo hiciese,
de tu amor seria indigno.
Tú me ofendiste, es verdad,
pero la culpa ha tenido...
el demonio.
JULIA. No, mi madre...
ERNESTO. Bueno; para mí es lo mismo.
De todos modos conviene
que á ambos nos sirva de aviso
lo que ha pasado.
JULIA. Sí, sí.
Verás en lo sucesivo
cómo la paz no se altera

y qué dichosos vivimos.

ERNESTO. De eso yo me encargo, Julia;
pero tomar es preciso
algunas resoluciones
si queremos conseguirlo.
Por ejemplo, convendria...
Puedo yo contar contigo?
Aprobarás lo que hiciere?...

JULIA. Nuestra dicha es lo que ansío.

CÁNDIDO. Déjame estar! *(Dentro.)*

ANGUST. Que no quiero! *(Idem.)*

ERNESTO. Tu madre llegá.

JULIA. Qué gritos!

ERNESTO. Ven y siéntate á mi lado.
(Se sienta, y Julia á su lado. Ernesto se entretiene rompiendo el pliego.

CÁNDIDO. Estoy hecho un basilisco! *(Saliendo.)*

ESCENA XV.

DICHOS, D.ª ANGUSTIAS, MATILDE, D. CÁNDIDO.

MATILDE. Pero papá...

CÁNDIDO. Nada escucho.
Y mirad que si me irrito!

ANGUST. Salió lo que yo temia! *(Sin ver á Ernesto.)*
Ernesto le ha pervertido.

ERNESTO. Qué dice usted!

ANGUST. Él aquí...
(No entiendo este laberinto!)

ERNESTO. Usted se estraña, señora,
de hallarme aquí, por lo visto.

ANGUST. Francamente, me sorprende...

ERNESTO. Pues yo la diré el motivo,

MATILDE. (Pero dónde estará Cárlos?)

ERNESTO. Fuí criminal...

ANGUST. Buen principio!

ERNESTO. Mas aunque tarde, señora,
mi pecado he conocido.

CÁNDIDO. Mal hecho!

ERNESTO. Qué sabe usted?

CÁNDIDO. Muy mal hecho, te repito!.

ANGUST. Quieres callar?...

CÁNDIDO. No, señora!

JULIA. Por Dios, padre.
CÁNDIDO. Que no, digo.
Los maridos nunca deben
reconocer sus delitos.
ERNESTO. Pues, qué quiere usted, don Cándido,
yo he reconocido el mio...
y no me pesa... es verdad
que á hacerlo me han decidido
la discrecion de mi esposa,
su bondad y su cariño.
ANGUST. Pues cómo! Lo ha perdonado?
ERNESTO. Me vió Julia tan contrito...
que me dió su absolucion
sin imponerme en castigo
la mas corta penitencia.
ANGUST. Poco escrupuloso ha sido
el confesor.
ERNESTO. Fue muy justo.
ANGUST. Pues entonces, el delito
seria leve.
ERNESTO. No, grave,
y en grado superlativo.
Figúrese usted, señora,
que yo habia consentido
desde que casé con Julia
que usted, sin pizca de juicio,
viniera á arreglar mi casa.
ANGUST. Qué escucho! Caballerito!
CÁNDIDO. Es un pecado mortal.
ERNESTO. Del que estoy arrepentido.
ANGUST. Ernesto! Qué mal me tratas! (*Llorando.*)
ERNESTO. Y yo, lo siento muchísimo,
pero reincidir no pienso:
téngalo usted entendido.
CÁNDIDO. Hombre, apiádate de mí: (*A Ernesto.*)
concédela un desahoguillo,
pues si no, va á descargar
toda su rabia conmigo.
ERNESTO. Evítelo usted.
CÁNDIDO. Por Dios!
MATILDE. Tú no puedes consentirlo. (*A Julia.*)
JULIA. A mí obedecer me toca.
ANGUST. Oh! qué ingratos son los hijos!
MATILDE. Si yo estuviera en tu caso!...
JULIA. Hermana, harias lo mismo.

ERNESTO. Tú, Matilde, eres muy niña...
MATILDE. Yo, niña! *(Ofendida.)*
ERNESTO. Sí ..
MATILDE. Habráse visto!...
(Yendo á buscar á su madre, que la recibe en sus brazos.)
Y lo que me carga es, que
me lo diga un pollo insípido!
ANGUST. Ven á mis brazos, querida.
En tí pondré mi cariño...
JULIA. Madre...
ANGUST. Y tú darás, buen Cándido,
á mis pesares alivio.
CÁNDIDO. Pues estás fresca! Comprendo
la intencion con que lo has dicho.
Mas sabe que en adelante
no pienso hacer ya el... marido.
Quiero ser un cancerbero,
una hiena .. un cocodrilo...
un leon... cualquier animal
menos el oso, que es bicho
que me tiene disgustado
por el tiempo que lo he sido:
ANGUST. Lo que es eso, lo verémos.
MATILDE. Ay! aquí viene Carlitos.

ESCENA ULTIMA.

DICHOS.—CARLOS, *con unos papeles debajo del brazo.*

ANGUST. No perderé la ocasion. *(A Matilde.)*
CARLOS. Señores... *(Saludando.)*
MATILDE. Muy bien, mamá.
CARLOS. (Segun los semblantes, ya
tuvo lugar la funcion.
Haber venido me pesa.)
CÁNDIDO. Cárlos, usté es muy cumplido.
CARLOS. No, señor; solo he querido
no faltar á mi promesa.
CANDIDO. Gracias, pues, por la visita.
Pero ¿qué lleva usté ahí?
(Señalando los papeles.)
CARLOS. La comedia. *(Con tristeza,)*

JULIA. Es cierto?
CARLOS. Sí.
CÁNDIDO. A ver... Está bien escrita.
(Despues de haberla hojeado.)
CARLOS. Esa misma es la opinion
del empresario, y cuidado
que es severo.
ERNESTO. Y la ha aprobado?
CARLOS. Prévia alguna correccion.
Es un ente original...
Dice que el acto tercero
debia ser mas ligero...
que el argumento es trivial;
que es un crímen no haya boda
al final.
ANGUST. Tiene razon...
Cómo bajar el telon?...
CARLOS. Ya el casarse no es de moda.
El dice que la obra es buena...
y yo, francamente; Ernesto!...
ERNESTO. Y ¿qué título la has puesto?
CARLOS. *Libertad en la cadena.*
ERNESTO. Es pulla?...
CARLOS. Puedes dudar?...
Pero conozco que estoy
incomodando: me voy;
ustedes tendrán que hablar.
JULIA. Nunca incomoda usté aquí.
ANGUST. Y hoy menos que ningun dia,
pues mi marido tenia
que decir á usted...
CÁNDIDO. Yo!
ANGUST. Sí!
CÁNDIDO. Cállate, ó ¡voto al demonio!
(A doña Angustias.)
CARLOS. Entéreme usted, señora.
Pero ya caigo!...
MATILDE. (Me adora!...)
CARLOS. Es cosa de...
ANGUST. Matrimonio.
CÁNDIDO. (Vamos, si es muda revienta!)
ERNESTO. (Qué imprudente!)
CARLOS. (Yo... marido!)
ANGUST. La verdad, he conocido
que Matilde se impacienta.

CARLOS. Sí; mas yo estoy ocupado,
y por mis muchos quehaceros
faltaria á los deberes
que tiene un hombre casado.
ANGUST. Pero no es una razon...
CARLOS. Es razon que me retrae...
El que se casa contrae
una grave ocupacion.
Yo lo siento...
MATILDE. (Oh! suerte fiera!)
CARLOS. Me es imposible aceptar...
MATILDE. Es decir que voy á estar
toda mi vida soltera!
JULIA. Mujer, te apuras por nada.
Ten mas calma, que después
pronto encontrarás...
MATILDE. Eso es!
Tú, como ya estás casada!
ANGUST. La culpa es de mi marido!
CÁNDIDO. La culpa la tienes tú!!
ANGUST. Mientes!!!
CÁNDIDO. *(Cogiendo una silla, y amenazando á doña Angustias que da un grito.)*
Voto á Belcebú!!!!
Qué tal, eh? La he convencido! *(A Ernesto.)*
ERNESTO. Haya paz.
CARLOS. Eh! qué demonio!
Cesen tantos sinsabores;
si no me caso, señores,
la culpa es del matrimonio.
Para estar con mi mitad
en una riña constante,
no quiero... soy muy amante
de la calma y libertad.
JULIA. Tiene usted mala opinion
del matrimonio formada.
CARLOS. Sin embargo, es muy fundada.
ERNESTO. La fundas en la excepcion.
CARLOS. Permite que no lo crea.
ERNESTO. Sí? pues mira: mi mujer
te va pronto á convencer.
CARLOS. Pues así que yo lo vea,
aunque es muy terrible el paso,
te juro, por vida mia,
que corro á la vicaría;

que me convierto, y me caso.

ERNESTO. Pues ella me ha prometido...
(Mirando á doña Angustias.)

ANGUST. (Esto lo dice por mí.)
Vámonos presto de aquí. *(A don Cándido.)*

CÁNDIDO. No quiero! Estoy ofendido,
y aunque tu cólera chille,
probar á Cárlos intento,
que ya desde hoy no consiento
que mi cónyuje me humille.
Y no te canses jamás;
pues tu soberbia ha humillado
la osadía que he encontrado
para no sufrirte mas.

ERNESTO. Y qué de la sociedad,
(A D. Cándido reconviniéndole.)
contésteme usted, seria,
si adquiriese esa osadía
perdiendo la dignidad?
Consulte usted la esperiencia:
la dicha solo se alcanza
con buena fe... confianza,
y muchísima indulgencia.
Este medio es muy seguro.

ANGUST. Eso es hablar por hablar.

ERNESTO. La dicha así pienso hallar.

JULIA. Y la encontrarás, lo juro.

ERNESTO. Tú, hermana mia... *(A Matilde.)*

MATILDE. (Qué tonto!)

ERNESTO. Por tu bien, enjuga el llanto,
y no lo desees tanto,
si quieres casarte pronto.
Madre, usted... *(A Doña Angustias.)*

ANGUST. No he menester
que me advierta usted ya nada,
porque estoy bien enterada
de lo que tengo que hacer.

CARLOS. Ya despachados van cuatro.
Qué me dices, pues, á mí?
vamos á ver...

ERNESTO. Hombre, á tí...
que escribas para el teatro.
Que estudies, pero con fe.
Que tengas siempre presente
que el público es indulgente;

y que gran placer tendré
si, al verla puesta en escena,
acoje con compasion
tu primera produccion
Libertad en la cadena.

FIN DE LA COMEDIA.

Esta comedia, titulada LIBERTAD EN LA CADENA, está aprobada por la Censura vigente en real órden de 10 de junio de 1857.